

Respuesta forzada

Leo en *La Epoca* del jueves:

«El Sr. Nakens, aquel que estimó caso de conciencia amparar á un regicida y facilitar la fuga, dándole así ocasión á que cometiera un nuevo asesinato, se revuelve contra los Sres. Azcárate y Morote por su actitud frente al Gobierno.

Siempre ha sido muy aficionado el director de *EL MOTÍN* á hacer blanco de sus tiros á los prohombres republicanos, y á proporcionarse esta satisfacción sacrifica la lógica.

El, que en 1906 alardeó de haber cumplido un deber de conciencia, no puede consentir que los demás cumplan también con los que les impone la suya.»

Comprendiendo que ciertas delicadezas sólo pueden tenerlas los espíritus superiores, me explico que el director de *La Epoca* haya escrito, ó consentido que se publique en su periódico ese suelto, rebozante de nobleza y que nunca será bastantemente alabado, pues demuestra que el agradecimiento no es siempre una palabra vana. Los señores Morote y Azcárate han prestado un gran servicio á la monarquía, y nada más justo que sus partidarios los defiendan.

Como todos han visto, yo venía guardando silencio absoluto sobre el suceso que ha dado á *La Epoca* pretexto para aludirme; modesto en mi orgullo, me envanecía á mis solas de haber encontrado en mí en aquella hora suprema todo lo que yo sospechaba que en mí había, por más que hasta entonces no se me hubiera presentado ocasión para probarlo, y de haber salido de la prueba sin violentar ninguna de mis convicciones. Tal vez esto se debiera á que los hombres que piensan y obran como yo, tienen resueltas de antemano una porción de cuestiones sin haber pensado nunca en ellas. Y la que se me planteó el 31 de Mayo de 1906 pertenecía á ese número.

El dilema se me presentaba así: ó hacer lo que hice, ó dejar de ser quien era. Y como tengo la debilidad de parecerme bien todo lo que hago, obré como se vió, sin llegar siquiera á plantearme el dilema. Estaría avergonzado de mí si vacilo un solo instante. Y á esto se debe el que, aun agradeciéndolos mucho, no me haya explicado todavía los elogios que se me han prodigado: que si abnegación, que si sacrificio, que si altruismo... Nada de eso; deber sencillo, natural, pero inexcusable; respeto á mí propio, á mis ideales, á mi historia... En cambio, me explico perfectamente las censuras, las condenaciones y los anatemas. Quienes los lanzaron, los lanzan, y los lanzarán, hubieran en mi caso obrado de modo distinto, creyendo cumplir también un deber. Lo cual nos lleva á esta conclusión. La lógica no rige en asuntos de conciencia.

Claro es que si aquel día hubiera pensado yo como esos, la solución del conflicto hubiera sido facilísima. Dejo encerrado al anarquista en la redacción; corro á la Delegación próxima; lo delato; van los guardias á buscarlo; mata cuatro ó cinco, mas al fin lo apresan; le forman juicio sumarísimo y lo ahorcan. El crimen queda así vengado, la ley cumplida, la justicia satisfecha; y yo, después de cobrar los treinta dineros ofrecidos, como hizo un conocido conservador años há, corro á la redacción de *La Epoca*, me echo en brazos de su director, el que, emocionado y conmovido, me proclama representante indiscutible del honor y la hidalguía castellana, me ofrece á la admiración del mundo paseándose ufano de mi brazo por las calles, me presenta en los círculos de su clase como el prototipo de la caballerosidad, publica en su periódico mi retrato sacado en el momento preciso de alargar altivamente la mano para recibir el premio de mi alta obra, y...

Y con este proceder, al alcance de todas las personas sensatas y que se estiman, yo me habría ahorrado la molestia de dos años de prisión, y viviría hoy tranquilamente del producto de mi acción virtuosa, respetado por los unos, ensalzado por los otros, admirado por todos, y aguardando sin inquietudes la hora de mi glorificación, que hubiera sido la misma de mi muerte.

Porque, ó lo lógico tampoco hubiera regido aquí, ó yo tenía forzosamente que haber sido glorificado después de muerto. ¿Quién con más justicia? Un hombre que había entregado á otro que se confió á él, y entregado le nada menos que al verdugo!... ¿Qué acción grande puede igualarse á ésta? Todos los

homenajes que se hubieran tributado á mi cadáver, habríanle parecido mezquinos á la Historia. Pero á bien que ella se hubiese encargado luego de avalarlos, esculpiendo mi nombre en la página de oro donde guarda los más preclaros, los más gloriosos...

No pensé en esto, porque, como ya he dicho, en nada pensé, y hoy advierto confuso y acongojado que empiezo á tocar las consecuencias. La voz de hombres impecables y severos me llama á la realidad, recordándome á propósito de un incidente baladí aquel suceso que no olvido, y todo para poder echarme en cara que falto á la lógica en asuntos de conciencia.

Si, cierto es; lo reconozco ahora que se me dice; mas declaro que no lo había advertido, acaso por no ocurrírseme que los deberes de conciencia que se cumplen calladamente ante sucesos que se vienen encima sin prepararlos ni buscarlos, exponiéndose á sufrir una sanción penal, pudieran nunca ser comparados con los que la voluntad propia determina, y que pueden muy bien rehuirse sin manchar una historia limpia; por no haber sospechado que nadie osara profanar la palabra conciencia haciéndola intervenir en pequeños menesteres políticos para discurrir actitudes torpes ó propósitos interesados; por no acabar de convencerme de que se ha torcido el significado de muchas palabras elevadas, para poder aplicárselas sin gran escándalo del lenguaje y sin mucha mengua de la verdad, á hombres de valer mediano, de moral acomodaticia, de entereza discutible; por parecerme inusitado—más aún—inconcebible, que haya republicanos que pidan votos á sus correligionarios para arrastrar luego su representación á los pies de los monárquicos, convirtiéndose espontáneamente en sus defensores sin que la necesidad las obligue, el deber se lo imponga, ni la justicia se lo demande...

¿Que todo hombre debe salir en defensa de la verdad donde quiera que la vea desconocida ó ultrajada, sacrificando, si necesario fuere, reposo, bienestar, vida? Si; así debería ser, y yo me pondría de rodillas ante el hombre que tal hiciera constantemente; mas por lo mismo que así pienso, censuro, condeno y maldigo á quienes, respirando á gusto en el ambiente de mentiras en que vivimos, transigiendo con infamias afortunadas, faltando á promesas que hicieron, matando esperanzas que despertaron, sólo se acuerdan de que tienen conciencia cuando necesitan cubrir con su socorrido manto errores de criterio ó faltas de deber.

Me dice *La Epoca* que he sido siempre aficionado á hacer blanco de mis tiros á los prohombres republicanos, y en esto sí que le sobra la razón. Fué ese, y lo es aún, el flaco de mi vida. No me arrepiento, porque el tiempo ha venido á absolverme, demostrando que aquellos hombres á quienes combatí, si grandes por su talento, si admirables por su conducta, no merecían como políticos, como republicanos ni como revolucionarios respetos de ninguna clase. Y ahí está gritándolo á voces la monarquía, que vive y arruina y deshonor á un país en que hay más republicanos que monárquicos. Pero concedido esto, séame permitido protestar, en nombre de esos mismos republicanos á quienes hice blanco de mis tiros, de que se compare á los Azcárate y Morotes con ellos. ¡Más respeto á los muertos!... ¡Menos atrevimientos con la justicia!...

«Que yo no consiento que los demás cumplan con los deberes que su conciencia les impone,» me dice también *La Epoca*, y esto ¡ay! me ha dolido en el alma, por que no se acerca ni en cien leguas á la verdad. ¿Cuándo he censurado yo á ningún republicano por responder á la confianza que en él depositara el partido, deber de conciencia que el político debe cumplir con preferencia á todos?

Hay algo más en el suelto que tampoco se ajusta á la realidad, y es aquello de que yo alardeara en 1906 de haber cumplido con un deber de conciencia. Lo que dije entonces, y repito ahora, es que, siendo quien soy y pensando como pienso, no pude ni debí hacer otra cosa de lo que hice. La frase hoy en moda parece haber sido inventada para que pueda yo exclamar en este instante: *Yo sí que soy yo*. Y por serlo, todos se explicaron mi conducta. La que nadie se hubiera explicado si obro de modo distinto. ¡Yo rechazando al hombre aquél! ¡Yo delatándole! ¡Yo no facilitándole los medios para que huyese! ¿Se concibe un Nakens así? Por esto no necesité alardear de si cum-

plí un deber de conciencia. Hice lo que no podía menos de hacer, so pena de dejar de ser quien era. Y como no hubo lucha, no pudo haber triunfo; y sin triunfo, no se alcanza gloria; y sin gloria, ¿para qué el alarde?

Se engañan los que creen molestarme recordándome lo que hice. Si no hablo de ello, es por no haber llegado todavía, á pesar de las alabanzas de los unos y las vituperaciones de los otros, á convencerme de que realicé una acción extraordinaria, sino que cumplí un deber al alcance de cualquiera. He de confesar, sin embargo, que en alguna ocasión, al ver la sana con que los clericales me han atacado y me atacan, he llegado á sospechar que realmente mi acción fué grande, y á preguntarme en consecuencia: «¿Qué hubieran dicho si el anarquista, en vez de venir á buscarme, se refugiaba en el palacio episcopal, y el obispo lo salva?» Y llego á suponer que hubieran sacado gran partido del suceso para ponderar las excelencias del espíritu religioso, y pedir dentro de unos años la canonización de Su Eminencia. A lo que no me he atrevido es á pensar que el obispo hubiera obrado de otra manera que yo.

Siento haber tenido que hablar de esto, mas no podía por menos de responder al suelto de *La Epoca*, que no quiero juzgar hoy. Día llegará en que hable de todo. Y de algunos. Lo único que hoy digo, es que no era absolutamente preciso para defender de mis ataques á los señores Azcárate y Morote, recordar un suceso del que no he hablado desde que la ley me condenó, y no por remordimiento, pues no me dejó ninguno, como me lo hubiera dejado, haciéndome imposible la vida, si por cualquier circunstancia llego á tener noticia de que el crimen iba á cometerse, y, pudiendo evitarlo, no lo evito; sino por respeto á la memoria de las víctimas que produjo. Pero allá cada cual con su manera de pensar y sentir en las cuestiones que se elevan un poco sobre el común sentir y el común pensar.

JOSÉ NAKENS

¡POR FIN!

Salió Salillas de la cárcel. ¡Ya era hora! Su permanencia allí impedía la regeneración del Cuerpo.

El pretexto que han tomado para echarlo ha sido realmente risible: que había asistido á un banquete íntimo dado á sus amigos por *El País*. Pero esto importa poco. Ante la justicia de la medida, nadie ha reparado en el pretexto.

En honor de la verdad, y ahora que ya está fuera, hay que decirlo: Salillas no era en la cárcel ni en el Cuerpo, más que un perturbador. Que no se maltratase á los presos... que no se les robase... que fueran vestidos... que se les sirviese la ración del rancho completa... que el pan fuera medianamente pasable...

En estas cominerías pasaba el tiempo; y pareciéndole poco aún, aspiraba todavía á que los empleados se ilustrasen y humanizasen. ¿Dónde se ha visto pretensión más absurda? ¿Con qué derecho, ni en nombre de qué se permitía ese señor atentar á venerandas tradiciones, á quitar á un cuerpo respetable su carácter peculiar?

Que si la ciencia, que si la humanidad, que si la moral, que si la justicia... Palabras vacías... Si fuera no se usan y van á usarse en las cárceles y los presidios?

Cuando pienso que he defendido yo esas teorías ridículas, me pongo de mal humor. Pero ¿qué iba á hacer, si estaba en la cárcel y á las órdenes de Salillas? Siempre fui, como todos saben, partidario de congraciarme con los que mandan.

Hoy, libre ya, no tengo que guardarle á Salillas consideración ni respeto alguno, y me pongo resueltamente al lado de quienes lo han destituido, para ayudarles en la tarea de hacer que vuelva la Cárcel Modelo al estado próspero y brillante en todos sentidos en que estaba cuando yo entré en ella y Millán Astray la regía, y que en los presidios continúen los directores y administradores velando por el honor del Cuerpo sin temor á que el mal ejemplo de la Cárcel Modelo los contagie.

Y para comprometerme públicamente á cumplir lo que digo, voy á lanzar unos cuantos vivas que den idea perfecta del ardor con que defenderé la nueva fe penitenciaria en que desde hoy comulgo, y al mismo tiempo

sirvan como de programa á la campaña que voy á emprender:

¡Viva el vergajo!
¡Viva el hambre!
¡Viva la cadena!
¡Vivan las manos puercas!
¡Vivan las uñas afiladas!
Y...
¡Mueran los presos!

Ultimo figurín

Se ha puesto en moda despreciar al pueblo, creyendo que se adquiere así patente de superioridad intelectual y social.

Si lo hicieran solamente quienes nacieron de aristócratas y capitalistas, sólo cabría sonreírse; como desconocen al pueblo no pueden apreciarlo.

Pero no; lo hacen quienes del pueblo salieron y se elevaron un poco, bien por la desaprensión, bien por el talento, bien por la domesticidad, bien por la apostasía.

Cuanto se ven un poco alzados del suelo algunos que en la nada nacieron, con las privaciones se amamantaron y con las escaseces convivieron, y comienzan á tratarse con gentes de otra esfera, experimentan hacia las del pueblo, es decir, hacia sus gentes, un desden ridículo é insultante.

Pierden así lo único que los elegatizaba socialmente, venir de abajo y llegar arriba, y no logran nunca asimilarse la natural elegancia social que tienen los que nunca estuvieron abajo.

¡Pobres cursis!

Explicaciones

Me invitan á menudo á veladas y reuniones políticas y librepensadoras, y á ninguna voy.

No lo tomen á desaire ó indiferencia mis correligionarios; es que no puedo. Me falta tiempo.

Recibo también sueltos y anuncios de actos relativos á la vida republicana, tanto de Madrid como de provincias, y no los inserto. Dispénseme también. Lo que interesa mucho á una localidad, suele no tener importancia para las otras. Y yo no quiero aburrir á los lectores del periódico.

Si yo pudiera restar horas á mi labor constante y *EL MOTÍN* fuera diario, ambas cosas las haría con mucho gusto.

Mas no pudiendo hacer lo primero ni remediar lo segundo, doy estas explicaciones para que se aprecien bien los motivos que me obligan á no concurrir á donde se me invita y á no insertar las noticias que se me envían, de actos celebrados ó de organizaciones creadas.

Religiones verdaderas

En el libro azul publicado en 1908 por los misioneros de los Estados Unidos, aparecen los siguientes datos estadísticos sobre las religiones existentes en la tierra para hacer la felicidad del hombre en esta vida terrena, en la ultraterrena y en cuantas haya y pueda haber.

He aquí las cifras redondas de millones de los adeptos que tiene cada una:

Confucistas y sus similares.....	267
Católicos.....	264
Indus.....	210
Mahometanos.....	202
Fetichistas (ó adoradores del fetichismo).....	144
Budistas.....	120
Griegos ortodoxos.....	117
Protestantes.....	116
Shintoístas.....	17
Israelitas.....	11
Cultos antiguos del Indostán...	12
Otras religiones.....	2

Estos datos difieren poco de los publicados en 1903 por el Padre Kross en Alemania.

En las anteriores cifras no está comprendida ninguna de las religiones paganas de Asia y Africa.

Con decir que cada una de estas religiones es verdadera para los que las profesan, queda demostrada la verdad de todas las religiones.

Y lo imbécil que es la humanidad.

FRAGMENTO

No se ha visto sumisión perruna como la de los católicos y los monárquicos. Sus amos les dan de puntapiés, les escupen en la cara ó se la cruzan, y ellos le ríen la gracia al señor y se tragan las ofensas. El mismo Sánchez de Toca no ha sido más que un cobarde ante la soberbia de Maura, y éste otro corderito á diario á los pies de las señoras palatinas, de los obispos, de los jesuitas. Alfonso González tampoco fué valiente. Se extrañó del partido liberal, eso sí, ofendiéndose por un olímpico salvazo en la cara, y con el fin de no recibir ya otros; pero se fué sin gallardía y casi á cencerros tapados.

En su lugar, un político de cuerpo entero hubiera aprovechado su condición de padre de la patria para armar aquel mismo día en el Congreso el gran rifirrafe, exponiendo ante el país lo que le había sucedido y por qué se separaba irrevocablemente del alfonsismo. ¿Qué le hubieran hecho? ¿Como no fuese asesinarlo! Porque la inmunidad parlamentaria lo cubría, él era independiente, no le faltaba fortuna... Y sin embargo, se marchó con las orejitas gachas calle arriba, se rieron de él con desprecio, y á vivir.

Ahora mismo se está viendo con los carlistas esto mismo. Varios frailes de los más poderosos les hacen grandes perrerías; protegen periódicos alfonsinos que hacen á los del carlismo flaco servicio; les azuzan á los bizcarras, quienes pegan á los de Chapa cada garrotazo que canta el kiryeleyson; pues los carcas tragan saliva y callan, y si ven á un frailuco de esos, le besan el cordón y los pies y todo lo besable, y le lamen la mano y todo lo lamible como asquerosos falderos.

Y no digo nada la prensa monárquico-alfonsina en sus relaciones con la Iglesia. En la última Cuaresma, la campaña de curas, obispos y frailes contra esos periódicos tan clericales ha sido más que tremenda, aplastante. Yo sé que en las cajas de las administraciones han repercutido los gritos del púlpito y la influencia de las hojitas, los folletos, las postales y las estampas. Como si no. Esa prensa no se enteró, no se da por entendida; al contrario, redobla sus muestras de sumisión en obsequios, alabanzas, bombos y reseñas á favor del enemigo que la deshonra, la maldice y la está aniquilando. Ese espectáculo no se había visto jamás en España hasta la Restauración.

De los periódicos, la verdad, no acabo de explicarme el por qué así proceden; de la mansedumbre de alfonsinos y carcundas conozco el secreto y allá va: el que más y el que menos de todos ellos tiene sus negocijitos, y no limpios, ítem algo que si los de muy arriba quisieran... Basta, pues, enseñarles la llave del arca del pan ó recordarles al oído aquel secretillo, y como la seda. Es claro; un rebaño no se maneja sin cayado y su honda correspondiente.

JOSÉ FERRÁNDIZ

POLAVIEJA

Ayer (4) se dió el caso estupendo. Polavieja, el general palatino contra quien se formularon tan violentos cargos en la Cámara popular, presidió el Consejo Supremo de Guerra y Marina que ha aprobado el fallo del tribunal de honor, mediante el cual se expulsa del Cuerpo al Sr. Macías.

El acto del tribunal de honor no hace notar los hechos deshonrosos imputados al auditor de la Armada; se limita á decir vagamente que se trata de hechos «relacionados con la denuncia». ¡Y es Polavieja, contra quien se formularon gravísimos cargos documentales, el que vota la expulsión de Macías y firma el acuerdo! ¿Puede imaginarse mayor absurdo?

Aquí, un oficial á quien no se le imputan en el acta hechos concretos. Allí, un personaje que presidió una Sociedad procesada por estafa á consecuencia de una emisión de obligaciones que van firmadas por Polavieja... ¡Y el oficial queda fuera del Cuerpo y el general preside el Consejo Supremo que examina la sentencia del tribunal de honor! ¿Quién se explica tamaño contrasentido?

¿Qué autoridad moral tiene Polavieja para entender en tal asunto? Llenas están las páginas del *Diario de las Sesiones* de cargos abrumadores, lanzados sobre el general palatino. Allí hay también cartas de muchos infelices que confiesan haber sido engañados sólo por creer que el nombre de Polavieja era una garantía. El fiscal de la Audiencia de Bilbao ha expuesto en un escrito que la Vasco-Castellana cometió delitos de estafa, durante la época que la presidió Polavieja... Y se ha probado y reprobado que la Sociedad estafadora que daba pingüe sueldo á

Polavieja se constituyó con 200 pesetas en Londres...

¿Qué debió pensar Macías viendo que Polavieja era llamado á entender en su asunto? ¿Qué pensará toda España viendo que Polavieja es uno de los que expulsan de la Armada á Macías por la vaga anunciación de hechos «relacionados con la denuncia»?

Macías denunció y se le expulsa. Polavieja fué acusado y preside el Consejo Supremo, cuyo fallo determina la expulsión de Macías. La conducta de aquél la elogia todo el mundo; de la de Polavieja sólo se recuerda que no se defendió en el Senado y que conserva todas las inmunidades...

Con razón se ha dicho que España es el país de los «viceversas». Si no fuera así, Polavieja no podría intervenir en asuntos de esta índole desde que dejó sin respuesta las abrumadoras acusaciones que contra él lanzaron los Sres. Soriano, Nougués y Cervera, y que aún están en pie...

(ESPAÑA NUEVA)

Lo de Orense

Fué un horror aquello.

Pedreos por todo lo alto en el palacio episcopal y demás madrigueras católicas... Cristales rotos á millares... Estremecedores mueras... Y todo porque el obispo había vuelto á instalarse en su humilde choza á los pocos días de ser enterrados los muertos á tiros en Osera...

¡Lo que gozarían los malditos impíos creyendo que había llegado la hora del cumplimiento de las profecías!... No quiero ni pensarlo. Se me pone la carne de gallina.

Un valeroso presbítero tiró de revolver en no sé qué templo, y ¡pum! ¡pum! ¡pum! disparó los cinco tiros. Desgraciadamente no hizo blanco, pero hay que ensalzar su buena intención... Háblase de que van á formar expediente canónico, á pesar de esto, fundándose en que un cura de tan mala puntería es indigno de pertenecer á una clase que tan buenos tiradores tuvo en las guerras civiles... Yo en esto ni aplaudo ni censuro; me contento con decir filosóficamente: ¡Cosas de ellos!

Como era de esperar, este suceso ha dado pretexto á los enemigos de la única religión verdadera para entregarse á irreverentes desahogos contra la respetable clase sacerdotal.

Uno sobre todo, Luis de Tapia, se ha excedido á sí mismo al ocuparse de él. ¡Horroricense mis lectores al leer esto que ha escrito!

«Aunque hoy llovió, nadie piense que la de aquí es nube fea...
¡Para nube la de Orense,
que es nube que trae «pedrea»!

Porque no vi tan notable pedrea, lector amable, de pena y dolor me crispo...
¡Debe ser tan agradable tirar piedras á un obispo!...

Cierto párroco en Galicia, con la pistola en la mano ha sido encanto y delicia de aquel pueblo honrado y sano.

En cuanto cunda el ejemplo de estos curas hotentotes, no podremos ir al templo en busca de sacerdotes.

El sacristán nos dirá cuando, en postreros suspiros, al cura llamemos ya...
«Que ahora está tirando tiros; que en cuanto acabe, vendrá...»

¿Háse visto nada más atroz, más tremendo, más horripilante para las almas piadosas? ¿Burlarse así de un santo varón, como el obispo de Orense; de un sacerdote ejemplar, como ese que tan mal dispara?

A mí, la verdad, me han indignado esos versos; aunque, lo confieso atribulado, me han hecho á la vez mucha gracia. ¿Si será que estaré también ya contagiado algún tanto del virus de la impiedad?

No quiero ni suponerlo; más por si acaso, suelto ahora mismo la pluma y corro á postarme á los pies de un confesor.

No me faltaría otra cosa sino que á mis años, y ya con un pie en la sepultura, como quien dice, me diera por ser impío, perdiendo así en una hora lo ganado en una vida de ascetismo religioso para ganar la gloria, que á todos os deseo.

Al templo, pues. Las enfermedades peligrosas hay que atacarlas en sus comienzos. Sólo así se curan.

Hasta la vuelta, queridos lectores, que vendré sano y purificado.

¡Ganga como ella!

Elector consciente

Diálogo entre un patrono y un obrero, en Guipúzcoa:

—Usted votará la candidatura carlista...

—¡Hombre... mire usted... yo no tengo esas ideas y no puedo hacerlo así!

—Le he dicho que hay que votar á los carlistas, y si no, perderá usted la comisión que aquí se le da.

—Pues yo iré, señor, á buscarla en otro lado.

El patrono con entonación despótica:

—¡Es que yo impediré que coma usted en ese otro lado!

El obrero con noble indignación:

—¡Es que yo le arrancaré á usted las tripas y el corazón y tampoco podrá comer...!

Esta escena, de cuya autenticidad respondemos, recuerda otras de dramas y pasajes de romances antiguos, en que el pueblo español muestra su fondo viril é independiente.

No es tan desmayado y servilón como le suponen algunos, principalmente los que han tenido la fortuna de hallarle sujeto y domesticado por los bohemios de la realeza y el sacerdocio, que sacan partido y ganan su vida enseñando á la cautiva fiera por calles y plazas.

Pueden tomar lección en la resuelta actitud de ese obrero los Azcárate, los Melquiades, los Morotes, suaves felinos amaestrados para uso y gala del señorío, que llevan á gusto su dorada librea y se apartan con asco de la plebe, pero enarcan las vértebras al besar el alfombrado pavimento por donde caminan los dispersadores del favor.

Vayan en compañía de «Azorín», que ahora se ha desatado contra las multitudes, incapaces de percibir la esencia aristocrática de esos advenedizos, de esos cursis, de esos plebeyos que escupen al solar de sus padres, que se avergüenzan de su pobre origen y quieren sacudirse del polvo de su raza con unos zorros flordelizados.

Nosotros seguimos con los humildes, bien entendido, humildes por su condición social; muy altos y muy nobles señores por sus hechos. Ya estamos de madamas hasta la coronilla. Para luchar, hombres, y hombres que sepan defender sus opiniones con la energía de ese guipuzcoano, elector bravo y consciente que sabe adónde va y por qué caminos.

A.

Lo blanco y lo rojo

Y van ustedes á ver cómo una misma idea, unas mismas palabras, pueden ser el ampo de la nieve ó la viva llama; por ejemplo:

«Dios hizo á los hombres iguales, les dotó de libre albedrío para que buscasen el bien, les dijo que se amasen los unos á los otros y que se perdonasen las ofensas.»

Pues bien; esto, dicho en un púlpito, es blanco, es inocente, es sembrar buena semilla, es afirmar el verdadero cimiento de la moral. Pero dicho en un club, es rojo, es incendiario, es demagógico, es disolvente, es impío.

En el púlpito, el ser los hombres iguales no excluye el privilegio del trono ni el del sacerdocio; el libre albedrío no significa libertad de examinar las cosas para elegir lo que nos parezca mejor; el amarse los hombres unos á otros no excluye al verdugo ni se opone á que una minoría privilegiada vea morir de hambre é ignorancia á la muchedumbre, y la tolerancia no significa que no se deba achicharrar al judío, al hereje, al protestante, al turco y al independiente.

En el púlpito, la vida común, citando á este propósito las órdenes religiosas y los actos de los primeros cristianos, es blanco, es nítido, es ascético, en casi divino.

En el club esto es rojo, es brutal, grosero, es diabólico.

Si se trata de frailes, el comunismo es poco menos que una continuación de aquella vida de cristianos perseguidos que no tenían ni una piedra en que reclinar la cabeza. Si se trata de trabajadores, el comunismo es doctrina nacida del infierno, es aquelarre.

En el púlpito, amenazar á los que poseen riquezas mal adquiridas, anunciarles que no les harán provecho, increparles porque no restituyen lo usurpado ni ejercen la virtud de la caridad, es blanco, es diáfano, es moral, es estímulo para el mejoramiento de las almas piadosas.

En el club, lamentarse del desequilibrio de los caudales, proponer un repartimiento equitativo en las cargas públicas, decir que la muchedumbre está expuesta de continuo á los horrores de la miseria, es rojo, es inmoral, es excitar los odios del pobre contra el rico.

En el púlpito, compadecerse de los que

huyen de las vanidades y negocios mundanos, aspirando á la perfección de sí mismos y de sus semejantes para alcanzar las promesas de Jesucristo, es blanco, es seráfico es divino.

En el club, sostener idénticamente lo mismo, apartando de todo lo mundano, del poder, de la riqueza, de los negocios, á los que han ofrecido consagrarse exclusivamente á los bienes de otro mundo, es rojo, es perverso, es irreligioso.

¿Quieren ustedes que una mancha negra de sangre parezca blanca? Muéstrenla desde el púlpito.

¿Quieren ustedes que se vea negra? Pues no la muestren en el club, porque parecería roja.

La Inquisición llevaba una cruz blanca. A las víctimas les ponía un aspa roja.

R. R.

Rafael Pérez del Alamo

El ruidoso martillo del herrador golpea en el yunque su *tintán* incansable, precisamente debajo de mi blanca y limpia posada de Arcos; y cuando, muy de mañana, el alegre ruido me despierta y abro el balcón para que entren en el cuarto las fragancias campestres, con los rústicos aromas del cerano otero suben los acres olores de la fragua, y todo el día el sonoro *tintán* da latidos de vida y de trabajo á este poético ángulo de una ciudad callada, muerta.

Un mocetón produce tanto estrépito; un anciano alto, derecho, enjuto, de rostro venerable, orlado por blanquísima barba, animado por ojos relampagueantes, de andar suelto y vivo, ayuda al mocetón y dirige la faena.

Traído y limpio terno de corte ciudadano cubre el cuerpo del viejo; anchos zapatos defienden sus pies de los resbaladizos guijarros con que el Municipio empedró las empinadas calles de la urbe, y alto y haldudo sombrero toca su cabeza de apóstol.

Este anciano llenó en tiempos una página de nuestra historia; se llama Rafael Pérez del Alamo, y fué el cerebro y el brazo, si no de la primera, de la más temerosa revuelta de campesinos andaluces.

Y al comenzar una deliciosa tarde de Abril, cerca de la fragua medio extinta se juntaron tres hombres: Pérez del Alamo, un profesor de economía política, honra de España, y este socialista de toda la vida. Un revolucionario romántico y generoso, un educador eminente y bueno, un visionario que cree que la Humanidad se redimirá de todas las opresiones y de todas las fatalidades que sobre ella pesan.

Hablamos.

Y Pérez del Alamo, el gran conductor de muchedumbres á cuya voz se movieron hasta para buscar la muerte muchos miles de hombres, el precursor de tiempos que se acercan, dijo en resumen lo siguiente:

—Jamás pude ver con calma que los ricos regatearan á los pobres el precio de su ruín salario; jamás me resigné con la desaparición de los terrenos comunales, de los bienes de propios, de los baldíos, de los realengos, de las veredas de carne, de todo aquello que era yerba para el ganado del pobre, carbón y leña para su hogar ó para vender en los días sin pan, un rincón de tierra en que tirar cuatro granos, sitio donde cazar una perdiz ó un conejo; jamás me avine á soportar la permanencia en estas tierras del feudalismo, por el cual, y no obstante la supresión de los señoríos y la promulgación de los derechos del hombre y la igualdad civil y política, aún hay casas nobles que llaman *Estados* á sus propiedades y *tributos* á las sumas ó censos que pagan los colonos por arrendamiento de predios.

Y como tampoco toleré burlas á *el sereno*, mi primer paso como ciudadano me lanzó de la protesta pasiva á la activa y de ésta á la rebelión armada.

En unas elecciones quise votar por el candidato democrático; las gentes de Narváez se me burlaron y me amenazaron. Voté, á pesar de todo, y juré acabar con burlas y amenazas. Unido á hombres que pensaban como yo, comencé á organizar una Sociedad democrática secreta, en la que muy pronto entraron braceros, menestrales y hasta gentes de las profesiones liberales y colonos y hacendados.

Cada veinte afiliados formaban un grupo, que libremente elegía su Junta, y el nexo del organismo le componíamos otros quinientos individuos y yo.

Fuertes á poco, comenzó la guerra. Hay en Loja una imagen de Jesús Nazareno que en aquellos tiempos estaba fuera de la Iglesia, y tanto interés tenía Narváez en que no volviese á ella, que el arzobispo de Granada no se atrevía á resolver el pleito entablado con tal motivo.

En este asunto vimos pretexto para demostrar el poderío de la Sociedad, y en Loja y en todos los pueblos de su partido, y aun en los colindantes, recogimos muchos millares de firmas pidiendo la devolución de la imagen, y con los pliegos fui á Granada y vi al arzobispo, que sentencié lo que era de justicia: que la imagen volviese procesionalmente á su sitio. Pues en la procesión 14.000 hachas alumbraban á Jesús

Nazareno, y todas ellas las llevaban afiliados a la Sociedad democrática.

Poco después logramos ganar unas elecciones, y más tarde, y entre otras muestras de nuestro poder, hicimos que 10.000 hombres asistieran al entierro de un pobre pastor despedido por viejo de las haciendas de Narváez.

Estas señales de vigor irritaron a los moderados y a las autoridades hechura de Narváez, y una noche, tan bárbara paliza dieron a un hermano mío, que murió a las pocas horas sin haber podido hablar palabra; un balazo acabó con quien ordenara la paliza.

Un compañero mío de Junta fué asesinado; su matador murió.

Otra noche, cenando yo con Regina, mi esposa, entró una bala por el balcón, clavándose a pocas pulgadas de mi silla; el cobarde que hizo el disparo no volvió a hacer otro.

Otro amigo mío fué asesinado de la misma manera que D. Sancho en el cerco de Zamora; preso el matador y convicto, el juez le dio suelta a los pocos días. Siete amigos y yo, armados de escopetas, le detuvimos, y al restituirle a la cárcel dijimos a las autoridades:

—Traemos este preso para que se haga justicia, y si el juez no cumple con su deber, nosotros juzgaremos al juez y al reo, y, si es preciso, ejecutaremos la sentencia que recaiga. Y el asesino fué a presidio.

En tanto, nuestra Asociación era cada día más perfecta y numerosa. Una orden escrita en un papel de fumar y firmada por cualquiera de la Junta suprema y puesta en manos de un individuo que se acercaba a estrechar las nuestras, bastaba para mover en pocas horas hasta 50.000 hombres de los partidos de Loja, Antequera, Archidona, Rute, Priego, Montefrío, Santafé, Alhama.

Se socorrió a los afiliados en sus desgracias y enfermedades, afiliados que también tenían abogado para sus asuntos en los Tribunales; se fijó un precio al jornal, de modo que éste siguiera las adversidades y bienandanzas de la propiedad; se reformaron equitativamente y por peritos los contratos de arrendamiento de predios y habitaciones, y se rompió toda relación de compraventa con los enemigos de la Sociedad. Si un afiliado se compraba un chaquetón, un sombrero, una faja o unos zapatos en comercio de los enemigos, la prenda era inmediatamente desgarrada y reprendido severamente el que así había olvidado sus deberes.

Se trabajó mucho contra el juego y contra el abuso del vino, y tuvimos la suerte de extinguir el primero y reducir a lo racional y tolerable el consumo de la bebida. Y, por fin, como había que estar preparados para todo, y había que conquistar la libertad y el bienestar, no con discursos, sino con cartuchos, y yo opinaba entonces, como opino ahora, que los soldados deben estar en los cuarteles a la obediencia de sus jefes, adquirimos armas...

Un día (1861), sin motivo alguno justificado y legal, me prendieron, dándome Loja por cárcel. Un amigo mío, bien enterado, me hizo saber que se tramaba algo gordo contra mí. No esperé más: monté a caballo, y al día siguiente la Sociedad democrática era dueña de Iznájar, y después de Loja, y más tarde de toda la comarca.

Las tropas regulares nos vencieron, no sin lucha. Eran más, estaban bien dirigidas, tenían mejores armas, y nosotros caímos!

Ocho mil reales recibió cada familia de las que tuvieron muerto en la jornada; cinco mil, los heridos; tres mil, los médicos. Nadie pudo decir que quedó desamparado; nadie podrá probar que cometimos el menor desmán, el más leve atropello.

Yo logré escapar a Portugal, y de allí volví indultado y seguí trabajando por la democracia, entrando en relaciones con Mazzini y Garibaldi.

Un día Isabel II visitó Loja. Al ministro que la acompañaba le hice saber que si se hospedaba en casa de Narváez no habría en las calles ni una sola persona, ni un solo balcón estaría abierto. La reina se alojó en casa del tirano; Loja estuvo desierta, y aquella noche, la población entera, que había escapado a la Sierra, encendió innúmeras hogueras para hacer conocer su odio al tirano y su ansia de libertad.

En Alcolea me batí con las tropas de Novales, y hasta fines del 73 las gentes que yo mandaba recorrieron Andalucía, llevando a todas partes la paz y el sosiego.

Después... los hombres eran otros; los que yo había conocido, aquellos con quienes luché y trabajé, ó no existían, ó se habían dispersado a los cuatro vientos, y las ideas que sembré en unión suya estaban llenas de maleza y no me sentí con bríos para hacer una escarda.

Y hoy sigo pensando como pensé siempre: sigo viendo con ira que se trate a los pobres obreros mil veces peor que a perros; y si alguien levantara la bandera que yo tremolé, con mis ochenta años, le seguiría, dando por el triunfo ó por el progreso de mi ideal lo que cien veces expuse; la existencia.

Debí siempre mi vida a mi trabajo; por razón de él, cuando no por otros motivos de todo linaje, estuve y estoy en contacto con los explotados, escarnecidos y atropellados braceros; con los que—muertos de hambre—crean la riqueza que tiran y derrochan en fútil y rumboso alarde hacendados ostentosos, y veo cercana una tremenda catástrofe.

algo como una erupción desoladora. ¡Ojalá encuentren las masas jefes buenos!

Antes que a los hombres, mi profesión me hizo conocer a los animales, y del mismo modo que un buen pastor hace pasar su rebaño por un palmo de terreno sin que dañe a las mieses de los lados, así se puede llevar a los hombres, y yo tengo el orgullo de haberlos llevado...

Había anochecido. Por la calle pasaban silenciosas y apresuradas cuadrillas de hombres harapientos, de mujeres y de niños famélicos que por 50 ó 30 céntimos trabajaron durante el día en la escarda; el anciano paseaba por la estancia llena de tinieblas; el profesor, orgullo de nuestras Universidades, apoyado el codo en la rodilla y la blanca barba en la mano, meditaba; y las brasas de la fragua daban la sensación de un incendio ó mal apagado ó pronto a estallar con violencia insuperable.

Así, silenciosos, convertido nuestro intelecto en laboratorio de ideas, estuvimos largo rato. Quizá el viejo herrador pensaba que aun perdurando el mal sobre la tierra, su heroísmo de otros tiempos no fué estéril, que a él y al de otros se debe que los obreros puedan decir sus anhelos y organizarse para lograrlos. Quizá el profesor pensaba que si la pura ciencia económica no encuentra justificación para las exacciones de los poderosos, la realidad, la vida es aún más tremenda, más trágica, más revolucionaria. Y yo pensaba en que algún día los revolucionarios como Pérez del Alamo tendrán la ciencia del generoso y noble profesor, los dos serán un solo hombre, y entonces...

Hondamente emocionados el profesor y yo, estrechamos la mano áspera y callosa del rudo precursor, y nos separamos de él.

Habíamos vivido juntos una tarde que era como medio siglo de nuestra historia; habíamos comulgado en idénticos anhelos de redención y en las mismas execraciones al mal y a la injusticia y a la opresión y a la desigualdad; habíamos cobrado cariño a aquel hombre bueno, leal, valeroso, y algo dentro de nosotros decía:

«¡No volverás a verle!»

J. J. MORATO

Como las patatas

Encargada por otra persona, se presenta un señora a un cura en Carballino, y le dice:

—¡Padre! ¿Cuánto cuesta una misa cantada de las más económicas?

—¡Hija! Antes es necesario saber quién es la persona del encargo.

—Dispense, señor cura; me está prohibido revelar su nombre.

—También necesito saber a qué santo se ha de aplicar.

—Por la intención de una devota.

—Diga usted, ¿y son muchas las misas?

—Tampoco puedo decirselo.

—¡Caramba!... ¡caramba!... pues son detalles que era necesario saber; por qué... ¡mire usted!, si la devota es rica, no la importa dar algo más; si son al Santo B, le cuesta más que al Santo C; para eso, como ustedes saben, es mucho más milagroso. Y por último, siendo muchas, se le pueden decir un poco más arregladas, (pero bien).

De todas formas, dígame usted a la devota, que le cuesta la misa tres pesetas. Supongo, que más barata no habrá quien se la diga.

—Está muy bien; así se lo diré... Pero...

—¡Qué! ¿Supone usted que le parecerá cara?

—Creo que sí.

—¡Ah! pues entonces dígame usted que dos pesetas.

—Así lo haré.

—Ya volverá usted con la contestación, ¿eh?

—Sí, señor.

Y frotándose las manos con la sonrisa en los labios, se retira nuestro bien cebado padre a saborear la esperanza de ganarse unas pesetillas.

Y a esto se le llama religión.

X.

Buenos consejos

Ven tú aquí, palurdo ignorante que no sabes lo que te pescas y quieres hablar ya de honestidades y rectitudes. Deja ese aire de candidez y escucha, zopenco; te enseñaré a vivir.

—¿Por qué reniegas de tu familia, que cariñosa te mandó a la ciudad a estudiar para que entrases en el celestial batallón de los luchadores de Dios? ¿No sabes que te aman mucho los tuyos cuando se sacrifican para que llegues a clérigo?

Deja a un lado las convicciones que dices que tienes, niñerías que se te pasarán como pasan los caprichos de la infancia, y piensa en el porvenir y en la tranquila vida que te espera. Escucha mis sabios consejos de hombre de mundo y acaba de una vez con tus bobas pudibundeces de recluta de la vida...

Tú serás clérigo, como lo son todos los clérigos del mundo: hombres como yo, y más que yo aún.

Lástima sería que no siguieses mis consejos, tú, tan bien adornado para la brillante carrera que te espera. ¿Qué dices? ¿que no tienes afición a la teología?

¡Bah! ¿No te dije que eres un bobalicon de marca mayor? ¿Crees acaso que es teología lo que se necesita para el oficio? ¡Pero si eso es una antigüalla que usó Santo Tomás en los buenos tiempos de las candidaturas de los hombres! El mundo infame, descreído y liberalote de hoy no cree en cosa gastada y tonta. Tú tienes lo principal para tu oficio, una buena fe de cándido, barbilampiña y hermosa. Consérvala siempre así, si puedes, y no escases pomadas ni cosméticos: con eso llevarás ya la mitad de la carrera ganada. Si; eso que tú posees es lo principal. Mientras más facha de tonto tengas, con un poco de suspicacia dentro del alma asaltarás posiciones y honores y llegarás a atrapar la púrpura cardenalicia. Y ya en ese puesto, tú me dirás si tenía razón yo...

¡Ah, gran tonto! ¿Cuánto vas a perder si te dejas arrastrar por tus ilusiones de mozalbete ingenuo! Será algo duro el aprendizaje, pero cuando llegues a la meta, verás qué dulce es tu vida. Unos cuantos latinajos te bastarán para vestir la sobrepelliz y repartir bendiciones desde el altar de oficios. Allí te admirarán las beatas y las matronas de la ciudad. Verás cuántas ovejitas viejas, eso sí, pero ricachonas, cuántas hembras apetitosas y cuántas virgencitas pudibundas vendrán a hacerte cosquillar la piel cuando en el confesionario te cuenten sus pecadillos de mozas las unas, y sus ardores pasados las otras. Y entre tantas como depositarán en ti sus anhelos no satisfechos, sus apetitos no apagados, encontrarás campo donde dar escape al gran depósito de tu caridad, depósito que tendrás de continuo rebosando con el espectáculo de tantas necesidades pintadas en caritas anhelantes y hermosas.

Un poco de tacto te bastará para eso: escoger bien la persona a quien beneficiarás con tu caridad, para no dar con una que vaya a divulgar tus santas intenciones y publique a los cuatro vientos tu caridad celestial; ya sabes que ésta, para ser meritoria a los ojos de Dios, ha de ser oculta. Y así serás querido y admirado, y te tomarán como confidente las viejas ricas y los viejos propietarios paráliticos que quieran estar bien con Dios los últimos días de su vida... Y tendrás coche a la puerta y ama de llaves de veinte años, y sobrinos con tu mismísima cara que te rodearán en vida, y que colocarán, cuando mueras, sobre la losa de tu tumba una corona de siemprevivas y un epitafio en latín...

L. E.

ANDANDO POR MADRID

Saneariamiento de las aguas potables.

Ya viene el verano; el sol, desinfectante por excelencia, se encargará de matar microbios, desaparecerá el exceso de atacados de enfermedades contagiosas, cesarán de pedir albergue los que duermen al raso, tomarán posesión los nuevos concejales, y nadie, ó muy pocos, volverán a ocuparse de las aguas.

Nuestro Municipio, siempre gedeónico, cortó las de algunos viajes antiguos y dejó las fuentes en uso. Lo que él diría. «Secas las fuentes, se acabó el contagio.»

No, no es eso lo que debe hacerse. Hay muchos estómagos acostumbrados al agua gorda, que se resienten sin ella. Cierta que estas aguas están contaminadas; pero ¿no hay medio de sanearlas?

No somos técnicos, pero hemos visto en Niza una instalación que podría adaptarse a las aguas de los antiguos viajes.

El principio fundamental es el ozono. Mezclando este gas con el agua, mata todos los bacilos perjudiciales. La experiencia hecha en París fué concluyente: se cultivó en caldos adecuados el microbio del tífus, del carbunelo, de la tisis, etc.; se mezclaron con el agua, se ozonizó ésta, y pudo comprobarse que todos murieron. El ozono, como sabemos, es oxígeno electrizado, por lo cual este sistema de esterilización podría llamarse la *electrocución de los microbios*.

La instalación de Niza está situada en MONT GROSS, y se compone de un transformador para elevar la tensión de la corriente a 20.000 voltios, canalización de agua, emulsores y generadores.

Producido el ozono, se mezcla con el agua, que queda esterilizada, y se da al consumo.

El gasto de la instalación fué de cerca de 300.000 pesetas, pero el consumo es insignificante: dos kilovatios hora para 100 metros cúbicos de agua.

Se hizo el contrato con una compañía que esteriliza por su cuenta y hace la instalación cobrando céntimo y medio por cada metro cúbico de agua.

Una de las condiciones del contrato con aquel Ayuntamiento, dice lo siguiente: «El agua no debe contener, después de ozoni-

zada, ningún germen patógeno, y el máximo de gérmenes indiferentes no podrá exceder de 10 por centímetro cúbico. Si después de hecha la instalación no corresponden los resultados con las experiencias, nada tendrá que abonar el Municipio a la Compañía.»

Hemos copiado lo que antecede para que se vea donde puede llegar un Municipio previsor que se ocupe de la población y de sus servicios.

¿Servirá el ejemplo de estímulo a nuestros ediles?

Contesten los recientemente elegidos, por que los otros ya han contestado en los años que llevan.

JUAN PÉREZ

La acción católica ó los asesinatos de Osera

Ya se lo pronostiqué al Sr. Maura cuando le dije que el clericalismo le haría pagar muy cara su alianza, y entonces sólo le veía caer envuelto en el torbellino de la inmoralidad administrativa y hundirse en el fango del más ruidoso desprestigio político; ahora le veo ahogarse en un lago de sangre. El clericalismo, le decía yo al presidente del Consejo de ministros con la más patriótica lealtad, no se sacia nunca; lo quiere todo: el cielo, la tierra, cuanto existe en este mundo y cuanto finge existir en otro que ha inventado para su utilidad y provecho.

Se abrió la mano al restablecimiento de una comunidad religiosa, y pasan de doce mil las que, en pocos años, se han instalado; se permitió a los frailes y a las monjas la enseñanza civil, y no sólo la han acaparado, sino que se han ingerido en la oficial, apoderándose de algunas Escuelas Normales; y, con el pretexto de asociaciones religiosas, han federado muchas escuelas públicas, creando el Estado jesuítico de la Instrucción nacional.

De los establecimientos penitenciarios femeninos se expulsó a las pobres empleadas para entregárselos a las monjas, y en los de hombres ya se van introduciendo hasta que acaben por ser sustituidos por frailes los directores, ayudantes y vigilantes de las prisiones, cosa que si ya no ha sucedido en la celular de Madrid, se debe a que los Paulos no quisieron encargarse de tal servicio; pero están en acecho los de San Juan de Dios y los Salesianos, y si Maura y La Cierva siguen en el poder, no se hará esperar la disolución del Cuerpo de prisiones; que a nada menos va encaminado el cisma que la oculta mano del clericalismo encendió y sostiene, con habilidad maquiavélica, entre los sufridos, heroicos y modestos funcionarios, a quien el común interés y el instinto de propia conservación debiera mantener unidos y hasta asociados, formando una agrupación formidable de resistencia.

Por el portillo de un decreto, a todas luces perturbador y faccioso, el clericalismo, sin abandonar el monopolio religioso ni los irritantes privilegios de que goza, salió de la Iglesia, inundando los campos del derecho común; creó casinos, patronatos de obreros, cooperativas de consumo, tiendas, almacenes, Bancos y todo género de sociedades de carácter puramente humano, que ninguna relación tienen con la salvación de las almas, con la única misión que el Estado reconoce y garantiza a la Iglesia, como no sea la de utilizar la coacción de la fe atávica para apremiar al Estado y a los Gobiernos; coacción que los obispos sostienen a todo trance, recomendando y bendiciendo los candidatos a las representaciones populares, de más decidida oposición a los Gobiernos y a la dinastía reinante.

Todo esto es lo que se llama la «Acción católica»: el catolicismo del arroyo, el más ni menos. Es decir, que mientras los demás ciudadanos apenas gozamos del derecho de reunión y asociación, los clericales los disfrutan por partida doble; cuando les conviene celebran los mítines en los templos, y cuando les place ponen en el club la cátedra del Espíritu Santo, y lo mismo celebran un acontecimiento político con una romería a cualquier santuario ó con una comunión general, que con una función de teatro en el Círculo católico ó una escandalosa borrachera en el casino sagrado.

Ya sabía yo a donde iríamos a parar con semejantes benevolencias, porque conozco mejor que Maura, que los conservadores, que los liberales y que muchos republicanos a la Santa Madre Iglesia, insaciable en sus ambiciones, terca en sus propósitos, hinchada en el concepto de su personalidad, cruel, despiadada, intransigente, artera, maquiavélica, sanguinaria y absorbente.

El anecdótico clavo del jesuita es aquí la cosa más corriente y vulgar; ya no queda edificio grande ni chico de la propiedad nacional que no se halle en poder de los frailes. Y por si fuera poco regalarles el patrimonio peninsular, se les regalan las miserables colonias que nos quedan en el golfo de Guinea y en las costas orientales de Africa, auxiliando escandalosamente las misiones de Maruecos con donativos de particulares que en todo pensaron menos en que fueran a parar a las puercas manos de los piojitos alfareros de San Francisco.

Ante estos verdaderos triunfos de la fraile, a nadie debe extrañar que la alta clergía se crea dueña absoluta de vidas y haciendas con desprecio del concepto de Iglesia que sirvió al Estado para reconocer el monopolio religioso, el de propiedad colectiva y de todo derecho concordado.

Los bienes llamados eclesiásticos porque pertenecen a la Iglesia, son de la propiedad común de los fieles y de ningún modo de los particulares, y menos de nadie del clero ni de los obispos, que no pueden usar libremente ni de las rentas de sus beneficios, que pertenecen a los pobres luego de haber con ellas subvención a un modesto pesar.

Cuando el Estado accedió a dotar las mitras con más esplendor que las capitanías generales, fué en la inteligencia que favorecía así a los pobres, haciendo a los prelados limosneros mayores del reino. Hasta qué punto fuimos miserablemente engañados, bien lo dice la bula de León XII, permitiendo testar a los obispos de los bienes que nunca les pertenecieron de las rentas de sus beneficios, patrimonio exclusivo de los pobres.

Que los prelados no se contentan con una vida modesta y apostólica, está a la vista. Sus palacios son las moradas más lujosas y confortables de las capitales de provincia; todos tienen lacayos y cocheros, magníficos carruajes, tronos extranjeros, fincas de recreo y agentes de Bolsa, siendo todos ellos de humillísimo origen nacidos; quién en una tiendecilla de salsas, quién en una barbería, quién en una pobre casa de pupilos.

La mitra los trastorna y la locura de las grandezas llega a poseerlos de tal manera, que se creen superiores a toda autoridad y dueños de cuanto hay al alcance de sus manos, contribuyendo, y no poco, a hinchar su soberbia los irritantes privilegios que sostienen gobiernos insensatos y la pasividad de los ciudadanos, cuando no una extemporánea hipocresía o un miedo más fingido que real.

Estos antecedentes, que nadie quiere tener en cuenta, son el secreto del clericalismo imperante, que acabará con todo lo existente, y si nos descuidamos, hasta con la nacionalidad.

El Sr. Maura ni siquiera habrá leído mis consejos, porque son míos; a las instituciones no llega la voz de un periodista de provincias, con ribetes de protesta; pero mis profecías se cumplieron: Maura ha de hundirse empujado por los clericales sus aliados, y las instituciones tendrán que llamar en su auxilio, por tercera vez, a los demócratas y republicanos, para salvar la patria y la libertad de las hordas carlistas que el Vaticano lanzará sobre España, indulgenciando y bendiciendo el asesinato, el robo, la violación, el sacrilegio y el incendio.

Ya comienza a dar sus amargos frutos el contubernio del Estado con la Iglesia entre nosotros; después de los cosechados en las colonias, la prelatura, en nombre de las alianzas del pontificado, comienza a imponerse, disponiendo a su antojo del poder civil y de la fuerza armada; mis vaticinios se cumplen, el clericalismo arrastra a los conservadores ahogándolos en un lago de sangre.

El obispo de Orense ha abierto la etapa con los fusilamientos de Osera y el gobernador se ha rendido sumiso a sus mandatos. El obispo de Orense no es, en esta ocasión, un responsable aislado, representa el estado moribundo en que vivimos por la sumisión al pontificado, personificada en la «Acción católica», amplio programa del clericalismo.

Se impone a todo trance concluir con las alianzas de la Iglesia y el Estado, suprimir el presupuesto de culto y clero y disolver las comunidades religiosas, si hemos de evitar que se repita la catástrofe de Osera y que la guerra civil vuelva a ensangrentar el suelo de la patria.

Que nadie escuche nuestras quejas, que nadie oye nuestros lamentos, que no se nos hace justicia; ya la buscaremos. Nadie escuchaba los lamentos de los cubanos, nadie oía los ayes de los filipinos, explotados, deshonrados y fusilados por los frailes y por los obispos, y cuando se quiso aplicar el oído sólo se oyó el grito de independencia y el tropel de la huida de doce millones de españoles de una patria madrastra, gobernada por el clericalismo, bajo el programa de la «Acción católica».

El que tenga ojos que lea, el que tenga oídos que oiga.

CANTACLARO

Caso frecuente

Y dice así El Autonomista de Gerona:

«Anteayer un señor cura, conocido por el Sr. Bola, entre once y doce de la mañana atropelló a una mujer joven en la plaza de San Francisco de esta ciudad (que se dice civilizada), echándola a tierra y pateándola al vientre, a la vez que la llamaba gran hija de la p...»

Se trata de un cura. No hay quien le prenda ni le castigue. Al contrario, puede que se nos procese a nosotros.

No tendría nada de particular esto último. Los curas son personas sagradas hasta cuando cocen.

Como tampoco lo tiene lo primero. Mal-

tratar de palabra y de obra a una mujer, es frecuente entre los individuos de la clase sacerdotal.

La tratan siempre tan cruelmente los Padres de la Iglesia, que los curas creen cumplir con su deber imitándolos.

Esto no quiere decir que no la mimen en ocasiones: cuando tratan de catequizarla para que sufra obras piadosas, y cuando...

¡Tente, pluma pecadora, no vayas a calumniar a los ministros del Señor!

Niña maltratada

Presentóse un caballero con una niña de corta edad en el juzgado de guardia en Barcelona, denunciando el hecho siguiente:

La niña aquella fué hace unos cinco años sacada de la Casa de Maternidad y Expositos por una familia que decidió prohibirla, viviendo desde entonces con ella y ganándose sus simpatías y su cariño.

Un día se presentaron un hombre y una mujer en la casa reclamando la niña, porque eran sus padres.

Gran pesar costó a la humanitaria familia desprenderse de ella; le profesaban mucho cariño.

Pocas semanas después, la niña apareció en el domicilio de la familia con la que había vivido tantos años, manifestando que la habían encerrado en un convento, donde la maltrataban mucho y que se había fugado; de aquí la denuncia.

La pobre niña dice que mientras estuvo en el convento le daban únicamente para comer una sopa durante tres días a la semana, y los demás días pan seco y agua; y que no se podía mover de un cuarto donde la habían encerrado. Además recibía sendos azotes sin compasión y de una manera brutal.

¿Debo indignarme por esto? No. Se suceden con tanta frecuencia estos hechos, que sería mi vida un infierno si fuese a tomarlos por lo trágico.

Mala alimentación, encierro, palos, bofetadas... En esto las monjas y los frailes no se diferencian gran cosa de los empleados de Penales.

Pasemos a otro asunto, por lo tanto.

Frailes desbocados

Los misioneros que pendeon por Asturias hace poco, anunciaron catástrofes sin cuento, por estar Dios hecho una furia a causa de los pecados que se cometen.

A los pocos días hubo por los contornos de Tapia dos ó tres muertes repentinas, y cátese a aquellas buenas gentes asustadas y apresurándose a soltar cuartos a frailes y curas para aplacar la cólera de Dios.

Podremos decir de las gentes de Iglesia todas las perrerías que se nos antoje, y con razón siempre. Lo que no podremos decir, sin faltar a la verdad, es que son torpes en el deshollinamiento de bolsas. Lo mismo las limpian con halagos que con amenazas; ofreciendo la gloria que mandando al infierno.

Por cierto que uno de los pensionistas se lió en un sermón con Alejandro el Magno, y quisiera que no, lo zampó en las calderas infernales, caso de que no estuviese ya en ellas.

Y miren ustedes por donde el alma del pobre Alejandro, que estaría tan tranquila, habrá tenido que salir, acaso en automóvil, para los dominios de Satanás, por orden de ese fraile.

La verdad es que serían muy divertidos si trabajaran gratis.

¡Dicen cada atrocidad!

Mi Conciencia y yo

Serían las tres de la mañana, cuando oigo que me despierta mi Conciencia. —¿Qué quieres a estas horas tan intempestivas? —repuse Yo, parpadeando los ojos.

—Despierta, querido mío, despierta y medita bien lo que vas a hacer! Ya sabes que a mí no se me oculta nada de lo que tú piensas, y después que sé los pensamientos que te preocupan me tienes hondamente contristado.

—Puesto que te refieres a mis proyectos relacionados con el cargo público, con que ha tenido bien honrarle este gobierno conservador, y del cual hoy mismo tomaré posesión, ya sabes que no desisto ni un momento de mi propósito. Siento tener que dejarte en casa mientras ocupe el mencionado cargo, con el fin de realizar mis ideales, con los cuales tú eres incompatible y constituirías un estorbo para el manejo de mis intereses; pues, tanto tú como las que pertenecéis al sexo débil, sois siempre, un tropiezo en la realización de estas empresas.

—¡Pobre de mí! —dijo entonces la Conciencia, al ver la fuerza de mi resolución. —Te pierdo, ó mejor dicho me pierdes, segu-

ramente, para no vernos más... ¡No!; no pretendas convencirme de lo contrario; pues ya te dije ayer que en la reunión que antes de anoche celebré con las conciencias de todos los funcionarios públicos, mientras ellos y tú estábais tranquilamente durmiendo ¡y sin nosotros! en su mayoría, casi totalidad, me dieron muy malos informes.

—Siempre hay excepciones, querida mía. Verdad es que muchos abandonan su conciencia y no se vuelven a acordar más de ella; pero también es verdad que hay otros que, una vez abandonado el cargo, se unen a su conciencia para no separarse nunca, como pienso hacer yo, y hasta hay algunos que desempeñan sus puestos acompañados de su imprescindible conciencia.

—El ejemplo de estos últimos, de número muy reducido, es el que tú debieras seguir, ya que te obcecas en tu propósito; pero... ¡tienes razón! para hacer los negocios sucios que te propones es preciso abandonarme. ¡De nada me ha servido estar remordiéndote toda la noche! ¡Qué contenta había vivido hasta ahora, compadeciendo la situación de esas otras infelices, que todas terminan por morir de pena sin lograr volver a ver al sér que tan necesitados está de ellas!

—Mira; déjate de fruslerías y vamos a lo positivo. Todo consiste en que estemos unos cuantos meses sin vernos, y en cambio, después tendremos más alegría y más comodidades.

—No; después, si quieres vivir conmigo, que lo niego, yo no tendría más remedio que remorderte con más fuerza aún que ahora lo hago, y nuestra vida sería imposible.

—En fin, son las ocho. No perdamos más el tiempo. Me iré a tomar posesión. ¡Adiós; hasta... la vista!

La Conciencia me acompaña hasta la puerta, y cuando yo me decido a bajar la escalera, dándome un horrible remordimiento en señal de despedida, me dice: —Sólo te pido que escuches lo que te aconseja tu Recta razón...

Al mismo tiempo que yo llegaba a la puerta de la calle, mi Recta razón me terminaba de decir: —Tú que siempre has sido buen republicano, nunca debes servir a la monarquía. La Conciencia te ha aconsejado bien. Por el vil interés no debes de sacrificar tu dignidad de republicano; si lo haces, serás un traidor y un mentecato. —Afirmé yo en mi voluntad lo que mi Razón había dicho, y subiendo de nuevo a mi habitación, me encontré con la Conciencia profundamente angustiada, la cual al verme, entre sollozando y alegre, me dijo: —No me abandones. —Y yo, una vez tranquilizada, exclamé: «No te abandonaré jamás.»

FRAY PRUDENCIO

UNO MAS

No sé por qué hemos de enfadarnos con ese buen cura de Orense que, en un instante de enfogamiento religioso, dispara contra los feligreses alzados en motín. Bien está que se enfaden los creyentes celosos aquellos que hacen del sacerdocio una raza de elegidos y poseen la certeza de que basta vestir hábitos para domar todas las pasiones, refrenar todos los ímpetus y reducir a la obediencia todas las rebeldías mundanas, deleznales y comprometedoras. Mas en nosotros, hombres muy de nuestro siglo, un poco incrédulos, un poco materialistas, tal enfado fuera injusto, y, sobre injusto, sentimiento de deslealtad para con nuestras ideas y creencias. Las gentes devotas, y no nosotros, son las que pueden y deben irritarse y promover censuras contra las pasiones de ese sacerdote que, en un solo instante, destroza la leyenda que las personas sencillas forjan en torno de los padres de almas. Para ellas sí deben ser tristes estas caídas de los varones piadosos. Ellas sí pueden, en nombre de su fe arraigada, mostrarse quejosas para con el hombre que se despoja de toda su santidad para incurrir en pecadillos muy en moda entre los que viven en el mundo, no son ungidos del Señor, ni llegan todos los días a su presencia.

Estos triunfos de la materia sobre lo espiritual siempre producen pena, tanta pena como las pequeñeces de los grandes, las cobardías de los héroes y las desventuras de los que creemos felices. Siempre es amargo ver cómo se destruye una vida dedicada por entero a la santidad de una idea. Renunciar de joven a las pompas del mundo, a todas las vanidades que nos hacen felices, dedicarse a Dios en cuerpo y alma, alcanzar la dicha de llegar hasta Él, sentirse poseído de su presencia, y en un instante incurrir en todas las pasiones de los no elegidos, y entregarse al demonio de la Soberbia y destrozar a tiros el mandato divino que ordena no matar—aun a los profanos,—es bien triste, bien amargo. Sería cruel ensañarse con el caído. Un perdón compasivo sienta mejor como resumen de todos los juicios que nos sugieran tales hechos. Las pasiones triunfan. Si el Catecismo dice «no matarás» y se mata, es porque debe ser así. Si a un hombre se le exige paciencia, man-

sedumbre y bondad, y la ira le hace olvidarse de que debe ser paciente, manso y bondadoso, ello sólo significa que hay cosas que no pueden exigirse. Si hay hombres que hacen votos de castidad, y la lujuria los vence a la postre, es porque hay necesidades que son más fuertes que todos los votos.

Compadezcamos, pues, a ese buen cura, que en un arrebatado prueba que el hombre es siempre hombre y está sujeto a todas las pasiones, aun cuando se crea santo, revestido de la gracia divina. Es uno más que vuelve, como el hijo pródigo, al hogar a todos común, donde se puede ser hombre muy de bien sin soñar apartarse de sus semejantes por las vías de la santidad. ¿Para qué ufanarse en creerse más fuerte que los demás, en ser un elegido? Por encima de todas las quimeras están las leyes que exigen al hombre ser hombre, y contra ellas no valen votos ni promesas. Ellas son no más las que inspiraron el Código cuando se tuvo la certeza de que no bastaban las Tablas de la Ley para poner paz y respeto entre los humanos. Ellas, las que alzarán cárceles y presidios para hacer más respetable al «no matarás». Y ellas son las que hacen incurrir a los santos, a los investidos de poderes sobrenaturales, a los elegidos, en hechos reprobables. Contra ellas no prevalece nada.

GUSTAVO

Nota anarquista

«Pobres y miserables gentes, pueblos insensatos, naciones tercas para el mal y ciegas para el bien, que os dejáis llevar por delante vuestros saneados ahorros, robar vuestros campos, saquear vuestras casas y destrozar vuestros antiguos muebles paternales! Vivid de un modo tal, que se puede decir que nada es vuestro. Parece que el señor os hace un honor grande partiendo con vosotros vuestros bienes, familias y vidas; y todo este gasto, esta desdicha, esta ruina no os viene de un enemigo extraño, sino del que vosotros mismos os creáis, y por el cual vais valientemente a la guerra y no rehusáis nunca, llenos de estúpida grandeza presentar a la muerte vuestras personas.

El que os domina tiene sólo dos ojos, dos manos y un cuerpo, y no es otra cosa que el hombre más pequeño entre el número infinito de los que llenan vuestras ciudades. Y él es más que todos vosotros, llevándoos la ventaja de que puede destruirlos.

¿De dónde ha tomado los ojos que os espían si vosotros no se los disteis? ¿Cómo se procuró las manos que os golpean si vosotros no se las habéis dado? Los pies que os pisan, ¿de dónde proceden? ¿Qué poder tiene sobre vosotros que no le hayáis regalado? ¿Cómo puede saber más que vosotros si no formasteis su inteligencia a costa de la vuestra? ¿Qué podéis hacer contra él si sois el espía de quien os saquea, el cómplice de quien os domina, traidores de vosotros mismos?

Vosotros sembráis para que él recoja, amuebláis y llenáis vuestra casa para que él robe; criáis y embellecéis a vuestras hijas para que él sacie en ellas la lujuria, y hacéis de vuestros hijos hombres forzados que él llevará a la guerra, a la carnicería, como secuaces de sus merodeos y ejecutores de sus venganzas. Trabajáis, marchitáis entre pena y pena vuestras personas a fin de que él pueda procurarse horas felices, enfangándose en toda clase de sucios y villanos placeres; os debilitáis para que él se haga fuerte y os tenga corta brida.

Y de tanta indignidad, que ni las bestias soportarían, podéis libertaros si ensayáis, no la libertad misma, sino el deseo de conseguirla. Decidíos a no servir más, y a los libres. No mover, no atacar al coloso; dejad solamente de sostenerle. Y veréis cómo, falto de base, vacila, cae y se rompe.

¿De qué feroz demagogo son esos renglones? De Etienne de Boétie, en su libro *La servidumbre voluntaria*, publicado en el siglo XVI.

Para que se nos vengán los clericales hablando de que a las ideas modernas se debe el malestar del pobre.

¡Si parece esa página arrancada de un periódico anarquista de hoy!

Correspondencia particular

Atunara.—J. V.—La idea de usted es buena, pero ya se ensayó una parecida hace años sin resultado alguno. Es la más difícil de aplicar en el partido.

Betanzos.—F. L.—Ya me he ocupado en El Morín de la Hoja que usted me envía, por haber circulado en varias diócesis. Conforme con lo de que era imposible que la hubiera redactado ninguno de los diez y ocho zopencos que viven a costa de esa población.

CUADROS DE MISERIA

por

José Nakens

Precio: 3 pesetas - 2,25 a los suscriptores

RIOTINTO

EL AGUA AGRIA

El hombre seco. — La grieta negra que ocultaron á Dato. — Los botones de fuego. — ¡También yo!

Por todas partes me encuentro, obligándome á huir, este hombre alto, seco, con cara de pocos amigos, que conocí en Extremadura y que hoy ejerce un temido cargo en la Compañía.

Ahora sale de la Casa Grande, donde los ingleses tienen sus oficinas. Sin duda acaba de recibir órdenes del director. La pareja de guardiñas que hay á la puerta le saluda respetuosamente... ¿Me ha visto al doblar la esquina?

Por si acaso, apresuro la marcha tomando por una calle pendiente. Chiquillos harapientos juegan al toro y se asestan terribles estocadas. Con la prisa tropiezo en uno, que cae al suelo. Los demás se revuelven contra mí. El que hace de toro quiere darme una cornada; los demás abren gallardamente sus capotes y me invitan á embestir, ó me amagan con las banderillas. Los mineros que á las puertas de las casas juegan con viejos naipes, suspenden su tarea para reír ante el vistoso espectáculo. Una mujer grita á los menudos toreros:

—¿Que puede ser un empleado!

Vuelvo la cabeza para conocer á la que grita, y lo que veo al comienzo de la calle es al terrible hombre alto, seco, que conocí en Extremadura, y del que cada momento he de huir para que no me reconozca. Su reconocimiento me valdría la expulsión.

Más que los chiquillos me obliga á apresurar el paso; pero los chiquillos siguen detrás.

—¡Ay, el señorito!

—¡Allá va el tío antiparras!

—¿Quiere una perra gorda para cortarse la barba?

Las piedras bajan rodando. Vuelvo á mirar hacia atrás y ya no veo al temible hombre alto, seco, con cara de pocos amigos; pero el grupo de muchachos ha aumentado...

Estoy ante un paso-nivel y un letrero dice: «Se prohíbe el paso.» ¿Retrocéder?... Las piedras bajan zumbando.

Cruzo la vía, tomo por una senda y supero una altura. Los chiquillos se han quedado al otro lado del paso-nivel y sus piedras ya no me llegan. Sólo me llegan sus voces.

—¡Baje, tío antiparras, baje!

—¡Baje, tío antiparras, que le vamos á quemar la barba!

Sigo marchando adelante, y la altura me oculta al grupo de muchachos. Cesan las voces. Cincuenta pasos más, y me paro con leve estremecimiento. El suelo está hundido. Una gran grieta negra, ancha, larga, interminable, tengo delante.

—¿Esta es la que causó el hundimiento? Al otro lado de la grieta, á la sombra de una garita que se alza al borde de un abismo, fuma una guarda jurado, la carabina suspendida del hombro.

—Esa misma fué—me contesta.

Sigo con la vista la dirección de la grieta, veo á lo lejos las calles de Riotinto hundidas.

Con cuidado paso al otro lado de la gran hendidura. El acto de adelantar un pie y luego otro no es muy difícil ni implica peligro; pero la imaginación lo exagera en este momento, y temo que el monte crujía, que la grieta se ensanche, y como estoy sin confesar, que aquella negra boca se convierta en la boca enorme por donde el infierno me trague.

—¿Y las otras grietas?—pregunto al guarda.

—¿Cuáles?

—Las que han de rematar las obras de esta derribando lo que aún se encuentra firme en Riotinto.

—Esas están allí enfrente, y no pueden verse desde aquí.

—¿Podré ir?

—No se lo permitirán.

Lo sorprendente es que este hombre me permitiera estar aquí y que respondiera á mis preguntas. Sin duda es un guarda humano.

—¿Y esos rumores profundos y ese hervir de calderas que suben del abismo?

—Son trenes que se acercan á la boca de la contramina.

—¿Está ahí?

Junto á esa parte del monte que limita los trabajos de la «corta»... ¡Si estuviese usted aquí á la hora del relevo!... Es una cosa muy curiosa. Abajo todo son tinieblas; los mineros van llegando con sus candiles y forman en círculo para pasar lista. Las luces que temblequean en las sombras parecen almas del otro mundo vagando en el fondo del precipicio... Cuando están todos, entran en la contramina. Los de adentro salen, y al poco, sólo se ve procesión de sombras en los alrededores, y luces que tiemblan, almas que huyen.

—¿Es ahí bajo donde el cobre arde?

—No; á nuestra izquierda, en aquel recodo...

—¿Creo que este abismo no existía antes.

—Lo abrió la dinamita. Por aquí había un flón que ya se ha extraído hasta donde nosotros estamos. Ahora están cortando los montes de enfrente, y cuando hayan desaparecido, continuarán los trabajos por nuestra derecha.

—¿Esa montaña también caerá?

—También al cerro de Salomón lo harán volar... Fijese bien en su altura... Si cuando los hombres empiecen la «corta», cae alguno, el salto será de trescientos metros.

—¿Pero caerá?

—A más de cuatro les costará la vida.

—¿Ha sido usted minero?

—Lo fui bastante tiempo. Mire las señas...

—¿También ha sido víctima de algún accidente?

—Gracias á Dios, me libré de todos. Pero los mineros de esta zona estamos bien marcados.

Mientras dice esto se levanta el pantalón. Después se descubre el pecho. Luego me muestra los brazos. Piernas, pecho y brazos—y, según asegura, mucho más en la espalda—están llenos de redondas manchas negras, como botones de fuego.

—Y eso ¿qué es?

—El sello que en las carnes nos pone el agua agria, el agua que se filtra por las masas de cobre. Las galerías están rezumando; cada gota que nos cae encima es una chispa que abrasa la carne.

—¿Y no puede preservarse mejor?

—Imposible. El calor es horrible en las galerías; si no fuese por el agua agria trabajaríamos en cueros. Nos cubrimos bien la cabeza con cascotes de sombreros viejos, y nos ponemos un trajeillo de bayeta, que es muy apropiado para expulsar el agua. Aún así, ya ve cómo tengo el cuerpo. A veces encontramos en las galerías sitios que rezuman en abundancia, y figúrese cuando nos coge un chorro... ¡El que tiene mala encarnadura se divierte, como hay Dios!

—Peor lo pasarán los pies.

—¡Mucho peor!... Hubo una época que no olvidarán los que trabajan en el agua. La Compañía, para proteger á un ladrón, exigía al minero que le comprasen las botas de goma. Como nadie le hacía competencia y deseaba enriquecerse pronto, vendía botas destestables. Al poco tiempo la goma estaba quemada, el agua abrasaba los pies, y los pies del minero eran llagas vivas. Hubo que hacer una huelga, y así terminó aquella explotación...

El curioso viajero también conoce los efectos del agua que, al pasar por el cobre, adquiere intenso verdor. Fue en un regajo que corre entre Riotinto y Nerón. No han tenido el cuidado de tender un puenteillo, y al quererlo cruzar, resbaló en las piedras... Total, un par de botas perdidas y una llaga en el pie derecho...

M. CIGES APARICIO

Vida envidiable

El Padre Jáuregui.

A este páter, joven aún y en pleno dominio de sus facultades físicas, está confiada la moralidad y compostura de un centenar de bellas y simpáticas criadas de servir (para lo que guste el padre). Es decir, que Jáuregui, en sus dominios tutelares, corta, raja y pincha, allá donde cree que hace falta el corte, el pincho y la raja. Y como hombre de conciencia escrupulosa, trata de cumplir con todo celo su cometido. El Padre Jáuregui no cree de ningún modo que la moral y el recato estén reñidos con el esparcimiento, siempre que éste se mantenga en los límites que nos indica nuestra Santa Madre la Iglesia.

A este fin organiza meriendas—campes—y jiras al campo, y es encantador ver á un grupo de muchachas con sus mejores trapillos, marchar al campo bajo la mirada dulcemente protectora del buen páter. Y allí, en medio del campo, donde todo conviva al amor y al éxtasis, veíamos á nuestro simpático sportman recreando con sus cristianos chistes y alusiones á un grupo de hermosas jóvenes. Al atardecer, el grupo, más unido y feliz, volvía, siempre protegido por este simpático normón. ¡Oh qué recreos tan honestos á la par que infantiles!

¡Agradable misión la de este nuevo rajah... vasco! Más feliz que sus colegas los eunucos asiáticos encargados de la custodia del harén, el Padre Jáuregui, sin abdicar de ninguna de sus facultades ni potencias y en toda la actividad de que es capaz, cuida de sus esclavas y trata de llevarlas al cielo, procurando mientras tanto casarlas cristianamente, y si esto no lo consigue, encargándose formalmente de que nos las falte nada.

A. M. D. G.

Confesiones á huevo

Sabido es que los servidores de la Iglesia no hacen absolutamente nada si no movidos por el vil metal ó cosa que se le parezca. Yo creía, sin embargo, que la administración del Sacramento de la penitencia no tenía retribución directa; mas ¡ay! vivía en un error. La confesión se paga.

En varias provincias de España, el cura de cada pueblo sermoniza muchos días de cuaresma explicando á sus mansos borregos las excelencias de la Iglesia, y los examina después, entregándoles una papeleta certificada, que dice: «Examinado de doc-

trina cristiana». De esta hacen entrega al confesar, y el sacristán de la parroquia les proporciona otra que acredite que el interesado ha dejado, ó por lo menos, se ha prestado á que un hombre como él buce en el mar de sus secretos.

Mientras tanto el cura arrecia en insultos contra los feligreses que no cumplen con el precepto Pascual. Es necesario despachar las papeletas todas, porque, llegado el día de Pascua, el cura, acompañado del sacristán, entra en todas las casas recogiendo las penitencias ó comuniones, y por cada papeleta entregan los incultos labriegos un huevo, ó más.

De todo esto se deduce, que el páter les llama herejes, ateos, malos cristianos y otras lindezas de grueso calibre, para que le tomen todo el papel, que luego se convierte en huevos; y que, por lo tanto, las confesiones cuestan á huevo.

¿Qué harán los clérigos con tanto huevo?... Procuraré hacerme amigo de un ama de cura para que me lo explique.

SACRIS

DE ARMAS TOMAR

¿Quién ha dicho que los curas son eremitas de la enseñanza? ¿Quién que son altaneros, soberbios y mal educados?

Ahí tenéis al de Rumoroso, provincia de Santander, para desmentir á los calumniadores.

¿Que esgrimió un paraguas contra el maestro de escuela D. Pablo del Río cuando éste fué, por indicación de un canónigo, á ponerse incondicionalmente á las órdenes del señor cura? Es natural. Según el Evangelio, los apóstoles de Jesús no eran autoritarios ni podían dar órdenes á sus semejantes; sólo, sí, convertirlos por medio de la persuasión y el ejemplo. El Sr. del Río fué una especie de diablo tentador para el señor cura; trataba de incitarle al pecado de la soberbia, y un tan virtuoso sacerdote como él tenía por fuerza que resistirse y sacar el paraguas para librarse de semejante chaparrón.

¿Que se hizo acompañar del procurador, de la Guardia civil y de unos cuantos vecinos para cerrar la escuela, tuteando y vituperando al maestro en presencia de sus alumnos? ¿Que los arrojó del local ignominiosamente, y luego, en un oficio despectivo, exigió la entrega de los trastos y la llave de un edificio sobre el cual no tiene dominio alguno?

Eso ya pertenece al orden religioso, á los profundos misterios de la teología católica, y yo no estoy autorizado para meterme en tales intrínfulis.

Mas creo que el cura de Rumoroso pudo hacer lo que hizo, puesto que le dejaron hacerlo. No se me ocurre otra razón de mayor calibre.

Cárceles y presidios

Sr. director de Penales.

Ahora que ya tiene usted más tiempo libre, porque no necesita dedicar ninguno á recibir á los empleados de la Cárcel Modelo de Madrid que le iban con cuantos acerca del Sr. Salillas (que ya, por fortuna, no está al frente de ella), sírvase usted enterarse de si son ciertos los hechos siguientes, que se dice ocurridos en San Miguel de los Reyes en Valencia desde que ocupa usted el cargo de director general.

Si Pedro Regalado Victoria falleció en Mayo de 1907 de una indigestión de palos. Si á Manuel Alvarez le ocurrió lo propio, llevándole á la enfermería para que no muriese en la celda donde le maltrataron.

Si el 31 de Marzo del presente año se suicidó José López Ferrari arrojándose por una escalera de 16 metros, por miedo al castigo que pudiera imponerle el director á causa de no haber podido cumplir, por ser materialmente imposible, la orden de blanquear (estaba encargado de los albañiles) en ocho días todo el interior del establecimiento.

Si el día 13 de Abril y desde el mismo sitio se tiró Jacinto José Joaguirri, estafando así á la ley en cinco años y meses que le quedaban de condena.

Y si después de averiguar la certeza ó la no certeza de estos hechos, quiere usted curiosear algo más, indague si es allí corriente amarrar en blanca por la falta más leve y administrar de vez en cuando (ó á diario) unos palos al agraciado.

Si el encargado del Economato, sin duda por llegar tarde á la compra, carga algunas veces el infeliz con los restos (léase desperdicios) de lo que se vende en la plaza del Mercado.

Si el rancho y el pan pueden competir en maldad y escasez con el que se daba en la Cárcel Modelo de Madrid antes de encargarse de ella el Sr. Salillas, y con el que volverá á darse probablemente.

Y si entrar en la enfermería equivale casi siempre á despedirse del mundo, y de sus pompas y vanidades.

Para que usted, Sr. Rendueles, pueda enterarse de si es cierto ó no cuanto le pregunto, no es necesario que mande á Valencia á ningún inspector; basta con que inte-

rogue de oficio al Sr. Landrón, director del Penal; al Sr. Ledesma, administrador; al señor Calzado, ayudante primero encargado del Economato, y ellos seguramente le dirán gratis lo que el inspector le diría cobrando dietas: esto es; que todo eso son infames calumnias; que á nadie se maltrata, que los presos comen divinamente, que en la enfermería están mejor que en la gloria y que los muertos viven, respuesta que se acostumbra á dar todas las veces que se acusa á los empleados de Penales de hechos parecidos.

Y si usted cree lo que le dicen, y se queda tan satisfecho como siempre que le cuentan cosas parecidas los que no pueden confesar oficialmente que realizan las contrarias, yo sostendré que ha obrado usted perfectamente al suspender de empleo y sueldo al Sr. Salillas, ese intruso perturbador que creyó que podía romper la gloriosa tradición del Cuerpo de Penales, riquísima en leyendas de esa clase.

Los exhombres

Ha venido á mi casa un hombre á quien conocí hace tiempo. Era, en plena edad viril, un sujeto brioso, rectilíneo, austero y arrogante. La transigencia no era su virtud. Había dejado atrás los errores, las preocupaciones, las mentiras políticas y religiosas de su tiempo, como quien arroja un traje raído y pringoso, y marchaba de cara al porvenir sin vacilaciones ni temor, seguro de su fuerza.

De repente, quedó ciego, y al nublarse la luz de los ojos, todos los caminos se le borraron en una confusión de tinieblas contrarias á la vida. Su pensamiento brilló más en aquella sombra, como una lámpara en la oscuridad, y el luchador vió más claramente á sus enemigos, acrecentados por la enfermedad y la miseria.

Rodearonle, en apariencia benévolo; en realidad, hostiles. La hipocresía, valiéndose de su viscosa y repugnante suavidad; el fanatismo, fulminando excomuniones; la familia, su único sostén y amparo, con súplicas y advertencias inspiradas por la necesidad; los amigos, deseosos de sacudir el contagio de la desgracia; todas sus relaciones, todos los asideros que podían servirle de apoyo en la vida le rogaron, le excitaron, le conminaron, apremiándole urgentemente un día y otro, años seguidos, para que transigiera con las mentiras seculares, prometiéndole á cambio de una retractación, cuanto quisiera. —Menos la luz... á eso no alcanzan. Y él dijo que no á todo. La otra luz, la interna, es la que prefería.

Pero al correr de los años los alcázares se derrumban, y mi hombre quedó trocado en ruina. Tal se me presentó. Su mujer había muerto, sus amigos le abandonaron, sus hijos le desampararon; sólo recibía cinco duros mensuales de una mano ausente y piadosa... ¿Qué puede hacer un hombre ciego en Madrid con cinco duros? Pagaba la casa, un cuchitril, comía pan á secas ó ignoraba qué hacer, cómo pasarlo en adelante.

Era una ruina de hombre, más triste, más miserable y más negra que todas las ruinas. Estaba allí, junto á mi puerta, inmóvil y encorvado, sórdidamente vestido, sin afeitar, con la revuelta cabellera cana y la barba borraseosa de muchos días, faltas de aseo. No se veía en toda su persona un perfil, un toque primoroso, un signo de la solicitud femenina que recuerdan á la hija, la esposa ó la madre.

Surcado de arrugas, macilento, escuálido, comido de piojos, peste de sí mismo, negación de la caridad y de la fraternidad, interrogaba en actitud impasible de esfinge, pero con hesitación interna y honda que no traducían sus ojos extintos: «¿Qué hacer?»

Para responderle, la humanidad sólo tenía allí á un misero representante. Ni pontífices, ni reyes, ni aristócratas, ni sacerdotes, ni filántropos, ni damas benéficas; yo, sólo yo, capaz de comprenderle y de compenetrarme con su espíritu desolado; incapaz para el auxilio, inerte para la defensa de aquella víctima social.

Hube de soltar esta indicación, interrogante y dubitativa: El asilo...

Sin conmoverse, sin descomponer su figura estatuaría, noble y grave á pesar de la indigencia, con voz tranquila y reposado tono que denotaban una firme convicción, repitió como un eco: —¡El asilo! ¿Sabe usted lo que es un asilo?

Y fué desgranando una sarta de verdades, como lágrimas de dolor que cayeran en un pecho afligido desde otro no menos angustiado que el suyo. El asilo representaba una serie de abdicaciones morales más terrible aún que la miseria y la muerte.

¡Adios libertad, adios independencia, dignidad, esperanza, respeto á la convicción valerosamente sostenida! No se penetra en un asilo así como se quiere; hay que esperar turno de dos ó más años, ó abonarse por una peseta diaria, ó acogerse á uno de esos pandemonium en que toda la hez social, revuelta entre andrajos y nuevas lacerias de cuerpo y de espíritu, se pudre al contacto de su propia infección acrecentada con la familiaridad morbosa, para darse al cementerio, del cual son antecámara esos antros donde la manifiesta estatista arroja los desechos sociales por apartar de sí la repugnante y trágica visión.

Y ya metido y clasificado en aquellas pri-

vilegiadas mansiones de la filantropía oficial, fuerza es someterse al régimen jesuítico, pegajoso é insistente, que se entra por todos los resquicios del alma como una lombriz ansiosa de jugos, hasta consumir las energías y transformar en cadáver el espíritu más animoso. No le dejará ni en el sepulcro: le tendrá en él, bien confesado y comulgado, poniendo sobre la tierra que le cubre un signo de perpetua dominación tendido á los cuatro vientos para que la noticia de la impuesta servidumbre se propague en infinito, «ad perpetuum rei memoriam».

Eso no. Primero la calle y el andar errabundo en un viacrucis extrahumano, pero á luz plena y libertad, sin someterse voluntariamente al estigma, rindiéndose sólo al peso de las fuerzas naturales en un supremo espasmo de rebeldía contra la falsedad de los hombres. Este sería su fin. A menos que...

Y su índice, rígido y marmóreo como el de una estatua, tocaba la sien por donde caía un rizo cano...

Comprendí. No era un hombre aquella impávida y miserable figura que tenía delante. Lo había sido en otro tiempo, cuando el rizo que ahora plateaba su sien alzabase encrespado y negro como un símbolo de fiereza, coronando al triunfador de la vida material. El exhombre no peleaba ya por conquistar su pitanza, ni su vestido, ni su albergue; faltar de todo ello, únicamente su libertad apetecía; y no la libertad del cuerpo agarratado con todas las ligaduras de la miseria y el dolor, escarnecido con todos los harapos bufonescos de la hampa, roído de parásitos, flaco y exangüe; la libertad de la conciencia, puesta en interdicto por otros parásitos más voraces, envilecida por otros harapos más sórdidos, sujeta por otras ligaduras más fuertes...

Ya no era un hombre. ¡Era una ideal!

BENIGNO PALLOL

Fama vergonzosa

Lo que se ha venido haciendo y se hace con el director de la Cárcel Modelo, Sr. Salillas, aparte de la injusticia y la pasión que revela, sólo ha servido y sirve para extender por el mundo nuestra ya bien cimentada fama de bárbaros, regresivos y crueles, fama que contribuyó en gran parte á que nos abandonasen las naciones todas cuando las guerras coloniales; fama que pesará sobre nosotros, ahogándonos bajo su peso, hasta que no aventemos de España al clericalismo, que es el que en lo pasado nos la dió y en el presente nos la sostiene y ensancha.

El siguiente artículo, publicado en un periódico de Buenos Aires, nos dice claramente que esta cuestión de la Cárcel de Madrid tiene más importancia que la de quitar á un hombre de un puesto; que está contribuyendo, como ninguna otra, á nuestro descrédito, pues patentiza que no hemos limpiado por completo nuestra sangre del virus inquisitorial, como lo prueba el que se manifiesta con todos sus mortales caracteres en los únicos sitios donde puede hoy hacerlo impunemente: las cárceles y los presidios. Que quienes defienden los procedimientos que en ellos se aplican, y los que no los condenan, los emplearían de hallarse en el puesto de los carceleros. Y quienes pudiendo evitar los hechos no los evitan, resultan en ley moral más culpables que quienes los realizan.

Por estas razones he leído sonrojándome ese artículo, aun cuando yo haya censurado todo lo que en él se censura; que una cosa es discutir y resolver las cuestiones enojosas en el seno de la familia, y otras enterarse de que se han hecho públicas y corren ya de boca en boca.

He dudado mucho, antes de decidirme á reproducir ese artículo, vergonzoso para España; pero he optado al fin por hacerlo, en la esperanza remota de que pudiera alcanzar el temor á que se perpetúe en el mundo la fama á que antes aludí, lo que no ha logrado imponer todavía el espíritu de justicia.

La barbarie en España

El caso de Salillas

Lo que ocurre en la Cárcel Modelo de Madrid, el primer establecimiento penitenciario de España, sobrepasa de tal modo los límites de la barbarie gubernamental, que hasta cuesta trabajo creerlo. Si la prensa no lo autorizase en repetidas informaciones, si Nakens no le diera consistencia con sus denuncias, si en el propio Senado no hubieran tratado del asunto algunos exministros demócratas y liberales, sería cosa de sospechar fuera todo ello fantasía calumniosa é injuriosa de algunos enemigos de nuestra patria. Pero no, todo lo que los diarios de Madrid han dicho respecto á lo ocurrido á Salillas es cierto, muy cierto, tan cierto

como que la vida penitenciaria de España es un verdadero infierno.

El asunto está hoy planteado como problema de difícil solución—por la conducta infame del gobierno—en estos ó parecidos términos.

El Sr. Salillas, médico, antropólogo distinguidísimo con especialización en las cuestiones criminológicas, escritor muy apreciable y periodista antiguo, fué nombrado director de la Cárcel Modelo de Madrid cuando era ministro el conde de Romanones durante la anterior etapa liberal.

Tratóse, al conferirle tan delicado puesto, de dar un gran impulso á la Reforma Penitenciaria, atrasada desde los tiempos de D.^a Concepción Arenal; que el realizar esa obra era una exigencia perentoria de humanidad, pues la organización y administración actual de los establecimientos penitenciarios, constituye un vergonzoso baldón para el Estado que tolera el reinado inquisitorial de carceleros verdugos y de funcionarios ladrones.

Fuó Salillas á la Cárcel, haciendo el inmenso sacrificio de encadenar su actividad á una empresa tan llena de dificultades y peligros. Desde el primer momento encontró en los individuos del cuerpo penitenciario una hostilidad marcadísima que se tradujo en no secundar los beneméritos propósitos del nuevo director y en atacarle é insultarle en los dos ó tres periodiquetes que sostienen esos señores guarda-presos.

Hicieron, pues, campaña á voces y campaña muda. Una y otra se estrellaron contra la indomable energía del director Salillas, que es aragonés de buena cepa, tozudo y fuerte para toda empresa. El régimen interior de la prisión cambió por completo. No se pegaba á los presos, se les trataba con dulzura, como á hombres, no como á fieras. Se mejoró el rancho, se impidió el robo de lo que á los presos pertenecía y se persiguió la introducción de bebidas alcohólicas.

Al propio tiempo, en el mismo edificio de la Cárcel, comenzó á funcionar la Escuela de Criminología, á la que asistían los alumnos aspirantes al Cuerpo de Penales. Salillas, acompañado por otros profesores, van formando poco á poco el nuevo personal, más instruido, humano y honrado que el actual.

Así marchaban las cosas, hasta que la entrada en el poder de los conservadores dió nuevos alientos á los enemigos de Salillas, que redoblaron las hostilidades, esta vez de un modo mucho más descarado y directo.

A pesar de que le faltaba el apoyo del gobierno, Salillas continuó luchando, confiado en la prensa y en la opinión, que ya estaba al corriente de la lucha comenzada. Un día, aprovechando un viaje oficial de Salillas, hubo un planche—un escándalo, casi una rebelión—en la Modelo. Fué organizado y preparado por el propio personal de prisiones con objeto de desacreditar el procedimiento correctivo de Salillas, humano y moderno. La prensa conservadora quiso imponer esa falsa consecuencia; pero la mayoría impuso su criterio y Salillas triunfó por una vez más.

Y hace pocos meses, dos á lo más, los conjurados han recurrido ya á medios extremos. La información judicial ha comprobado que las denuncias de Nakens eran exactas, y Nakens dijo esto que sigue, resumido, para no hacer largo el artículo.

Se había formado un complot de empleados para asesinar á Salillas, valiéndose de un preso que está esperando una sentencia de muerte.

Efectivamente, pasando revista un día, dicho preso agarró al Sr. Salillas por la solapa de la americana y quiso darle una cuchillada. El director le sujetó y por su propia mano le envió al calabozo. Otro preso que quiso escandalizar y agredir nuevamente á Salillas, fué sujeto y desarmado por los demás penados que rodearon al director á quien deben y agradecen sinceros beneficios.

Se probó que el preso agresor estaba borracho; que un vigilante le había dado aguardiente, una navaja y una llave para que pudiera salir de su celda, con objeto de que matara á Salillas. Y no es sólo esto, sino que esa misma abominable excitación se les hizo á otros presos.

Esto es lo ocurrido. Las autoridades gubernativas á nadie castigan. Los jesuitas que mandan odian á Salillas porque es liberal y es humano. Y los bárbaros empleados le odian también porque les impide robar y maltratar á los presos.

Maura, el hombre culto y bueno, nada ha hecho. Si Salillas está todavía en su puesto, es por su valor y porque desea ser destituido antes que dar gusto á los neos presentando su dimisión.

Y luego dicen que España progresa y evoluciona! ¡Hacia la barbarie, si Maura sigue mandando y los Borbones en el trono!

EL REPUBLICANO ESPAÑOL

Buenos Aires.

Cura electorero

No sé cómo se llama un clérigo abulense que en las pasadas elecciones iba propagando la candidatura nea calle por calle.

Sólo sé que un periódico de Avila le censura por el abandono de su ministerio sacerdotal. Mientras el distinguido *páter* (es alto físico y canónicamente) se entretenía en amañar votos para favorecer á los apaga-luces, varias personas le buscaban inútilmente en el templo parroquial con objeto de que diera los auxilios espirituales á un anciano.

Los feligreses y otros que no comulgan con rnedas de molino en la ciudad de Santa Teresa están indignados por el proceder del cura. Yo no; hasta le disculpo y casi casi le alabo. Los dos estamos en el secreto: tener un concejal adicto puede ser provechoso, si no para el alma para el cuerpo, pero eso de los auxilios espirituales *in articulo mortis*, ni sirve al que los da ni á quien los recibe; no procuran pan al uno ni salvación al otro, á lo menos en este mundo. Y de tejas arriba, ninguno ha venido para desmentirme. Ni vendrá. En esto estamos «in mente» de acuerdo yo y todos los curas; yo y mi criado, como decía Larra; yo y el clérigo abulense, á quien felicito por la perfecta relación que ha sabido establecer entre su conducta y su conciencia, todo á la mayor gloria del dios abdómen. Amén, Jesús. ¡Y vamos viviendo!

Hambre y devoción

Me detengo un instante en la puerta de la iglesia de San José para contemplar la entrada de las personas que, atraídas por la devoción, van á oír á los representantes de Dios... En su mayoría son mujeres de regular posición social y van bien ataviadas.

A la puerta del templo hay un pobre mendigo, inválido y cargado de años, que espera la buena voluntad de las personas caritativas que quieran socorrerle. Pero, ¡nada! Los cinco céntimos que habían de dársele, se guardan para depositarlos en el cepillo de las ánimas.

¡Pobre inválido! Muérete de hambre á la puerta del templo del Dios de la caridad.

M. B.

Por falta de espacio no publiqué en el número anterior esta Hoja repartida en las iglesias de Madrid para llevar los clericales á la votación del domingo:

“El 3.º: Santificar las fiestas

—¿Cómo se santifican las fiestas?
—Practicando obras de culto y de caridad y absteniéndose de obras serviles, para mejor dedicarse á aquéllas.

—¿Qué obras de culto y de caridad se mandan en los días de fiesta?
—Asistir devotamente al santo sacrificio de la Misa.

—¿Basta esto para santificar las fiestas?
—Estrictamente y para no incurrir en pecado mortal, basta esto en cualquier domingo y fiesta del año; pero hoy, domingo, 2 de Mayo de 1909, se necesita algo más.

—¿Qué se necesita?
—Que todo el que tenga voto acuda á emitirlo á favor del candidato ó candidatos que juzgue han de fomentar más y mejor los intereses de la Religión y del Municipio.

—¿Es este acto necesario para la santificación del domingo?
—Sin duda alguna, puesto que para santificar las fiestas debemos evitar el pecado, y el que hoy no vota, teniendo facultad y posibilidad para votar, peca.

—¿Por qué peca?
—1.º Porque deja de cumplir con el deber de conciencia que tiene de poner de su parte lo que pueda, para promover el bien público y evitar el mal, tanto de la Iglesia como del Estado.

2.º Porque desobedece una ley civil justa, que le impone la obligación de votar.

—¿Qué pecado comete?
—El pecado que comete el que se abstiene de votar puede llegar á ser mortal, si prudentemente teme que su abstención ha de ser causa de que triunfe el candidato indigno, frente al digno.

—Y quién es usted para afirmar esto?
—No lo afirmo yo; lo afirma la Iglesia por boca de todos sus moralistas, sin excepción; lo afirma el sentido común; lo afirma el Sumo Pontífice Pío X. al encargar á los Obispos de España *avisen y persuadan al pueblo* de lo siguiente: «Es menester que los católicos procuren con empeño que, tanto á las Asambleas administrativas como á las políticas, vayan aquellos que, consideradas las condiciones de cada elección y las circunstancias de tiempos y lugares... parezca que han de mirar mejor por los intereses de la Religión y de la Patria en el ejercicio de su cargo público.» (Carta *Inter Catholicos*, 20 de Febrero de 1906.)

CONCLUSIONES

El católico que, pudiendo no vota, no es buen católico.

El católico que, entre un candidato más indigno y otro menos indigno, vota al más indigno, es mal católico.

El católico que, entre un candidato digno y otro indigno, vota al indigno, ese es peor que el infiel. (I Tim., V, 8.)

Todos ellos profanan el domingo, el día del Señor, ofendiéndole.

No puede hacerse mayor escarnio de lo

que los clericales llaman religión, emplear en cosa más sucia los templos, ni burlarse más cruelmente de los liberales papanatas que le sacan tantos millones cada año al contribuyente para dárselos á esos tipejos negros, grises y de otros colores.

Tomad curas y frailes, nietos de Mendi-zábal. Ya empujan á los borregos á las elecciones ofreciéndoles la salvación. Pronto los echarán al campo con un fusil para asegurarla y clavetearla.

Y menos mal que entonces no faltará quien se encargue de deshollar de alimanas sus madrigueras, que si no ¡pobre España! Estemos los buenos prevenidos para esa útil, higiénica y honrosa ocupación, y ¡Viva el año 35!

Frases católicas

¡Dios lo ha querido así!...

Uno de los medios más prácticos y positivos que los católicos han usado y usan á todas horas, para el más grande esplendor de su doctrina y el mejor éxito de sus utilitarios propósitos, ha sido el de construir frases sentenciosas, breves, y que compendiasen el pensamiento generador de su doctrina.

Así, para consolar los espíritus atribulados por desgracias y miserias, efecto las más de las veces de la organización social, han inventado sentencias, que nosotros llamamos *frases católicas*, y que no son sino palabrería pura. La primera frase cuya falsedad vamos á poner de manifiesto, es esta, que á cada instante brota de labios católicos: ¡Dios lo ha querido así!...

Pepe era un buen padre de familia, exco-lente esposo, mejor ciudadano; no iba á la taberna, procuraba instruirse para instruir á sus hijos, y cifraba todo su empeño en que, puesto que profesaba las ideas socialistas revolucionarias, no pudiera tildársele de la falta más leve en su vida privada.

—Es preciso—decía á sus compañeros—cuando de este asunto trataba—que la altura de nuestras ideas no se vea rebajada por nuestra conducta y procederes; en holocausto de su santidad debemos primeramente ser honrados; y después parecerlo.

Pepe, cuyo esbozo moral queda hecho, era carpintero de armar, y un día, trabajando sobre lo alto de un *pie derecho* en un quinto piso, dió un golpe en vago con el martillo, osciló un momento en el espacio, vino al suelo, y en él dejó en menudos fragmentos su masa encefálica.

Su mujer y sus hijos quedaron, con su *estrellamiento*, en la orfandad y la miseria; y cuando ella, de angustia llena, pensando en el porvenir y llorando á la vez que acariciando á sus hijos, exclamó: —Y ahora, ¿quién nos traerá el jornal?, una beata de la vecindad le dirigió estas consoladoras frases: —¡Hija mía, no peque usted contra Dios! ¡Hay que conformarse con su santa voluntad!

—Sí, sí, ciertamente—articuló la atribulada viuda, sin darse gran cuenta de lo que decía; y la beata, considerando su *obra de caridad* terminada, se despidió diciendo: —Hija mía, hay que conformarse. ¡Dios lo ha querido así!...

El contratista de la finca donde Pepe se estrelló estrujó, como buen intermediario, á todos los obreros que ocupó en su construcción. En la obra llevó á cabo todas las sofisticaciones que el arquitecto le consignó, y entregó la casa concluida, según contrato, y *llave en mano*, al dueño de la finca; y la ganancia obtenida por el contratista fué tal, que con ella se construyó una casa de mejores condiciones, si bien más reducida, que la del señor citado, valuada para la venta en ¡15.000 duros!

Excusado es advertir que la viuda de Pepe no mereció el más pequeño socorro del contratista, dándose el contraste de que allí donde la familia de éste había encontrado alegría y abundancia, la de Pepe había tropezado con el despedazado cadáver de su padre, el dolor, la orfandad y la miseria.

La mejora de posición atrajo al contratista y su familia muchas felicitaciones sinceras, como todas las que se dirigen á los *ricos nuevos*, y á ellas respondía la mujer con grande unción religiosa:

—A Dios gracias, sí, hemos mejorado de posición; conformémonos, puesto que ¡Dios lo ha querido así!

El más rudo de mollera comprenderá que semejantes contrastes, que se dan con frecuencia, son producto de la pésima organización social de hoy; pero estos católicos lo entienden de otra manera, y con esto nos suministran una excelente arma de combate. ¿Cómo, les decimos, será vuestro Dios justo, si quiere que el explotado fenezca miserablemente y el explotador se enriquezca? ¿Dónde está su bondad, si es cómplice, ya que no autor, de semejante crimen? ¡Ah! si ese Dios fuera sujeto real y humano, los tribunales, en cumplimiento de lo prescrito en el Código penal, lo condenarían á *cadena perpetua*.

A. DEL P.

SECCIÓN AMENA

Matricula parroquial

Bien podía el económico tomar esta tarea por su cuenta y no endosársela a los pobres capellanes. Pero ¡quial para él los momios y para nosotros los sofiones.

Heme aquí provisto de cuaderno, pluma y tintero de cuerno, dispuesto a ir casa por casa y cuarto por cuarto, recibiendo aquí un desaire, allí una mala contestación, más allá una desvergüenza... En fin, ¿cómo ha de ser! Daremos principio a la tarea por esta casa, que es la primera de mi turno.

Esto es, sobre poco más o menos, lo que dice todo cura a quien por primera vez le envían a hacer matrículas.

He aquí ahora algunos episodios de tan impropia tarea:

—Oiga usted, portera, ¿cuántos inquilinos hay en esta casa?

—Seis, señor cnra. El del principal derecha, que es un comandante retirado con dos niñas que van a... ¿cómo demonios se llama esa casa donde aprenden música?

—El Conservatorio, sí; no me dé usted más noticias de los demás inquilinos. Vengo a hacer la matrícula de la parroquia y empezaré por la familia de usted, si no hay inconveniente. ¿Usted es casada?

—¡Ay! no señor, viuda, por desgracia. ¡Si viviera aquel que está comiendo la tierra, no estaría yo en esta portería! ¡Ay, hijo de mi alma! ¡que manos tenía para ganarlo!

—Bueno, señora, no se aflija usted. Salud para encomendarle a Dios, que yo también lo tendré presente en mis oraciones.

—¡Tilín, tilín!

—Pues señor; ó este vecino debe ser sordo, ó no hay nadie en esta casa. Ya van cuatro repiques y nada.

—Eh ¿qué se ocurre?—grita desde dentro una voz áspera.—Para llamar no hace falta romper el alambre de la campanilla.

—Soy un sacerdote adscrito a la parroquia y vengo a hacer la matrícula.

—Hábleme usted más alto, que soy algo corto de oído.

—Que vengo a inscribir a usted en el censo parroquial.

—Bueno, pase usted. Eso nunca está mal para cuando las chicas quieran casarse. Aunque uno no crea en esas cosas... ¡qué demonio! como no cuestan nada...

Y el páter, haciéndose más sordo que el nquilino, toma pacientemente sus apuntes.

—¡Alabado sea Dios!

¡Guau, guau! se oye por el pasillo.

—¡Caracoles! ¡Perrito y todo! ¡Ay manteos de mi alma! Señora, yo venía... ¡Si hiciera usted el favor de atar ese perrito!

—Calla, *Pichichi*. ¿No ves que es un mimistro del Señor? No tenga usted cuidado; es muy manso, muy noble; no le falta más que hablar. Ya sé a lo que viene usted, señor cura; ya sé a lo que viene usted. «Tecla Rota. Para servir a Dios y a usted.»

—A Dios principalmente, señora. ¿Es usted sola?

—Sola con el *Pichichi*, señor cura. ¡Ah! No llame usted en el cuarto de al lado, porque ahí vive un hereje que nunca oye misa; ni en el segundo derecha, porque son unas... de poco más o menos. El del centro está desalquilado: el vecino de la izquierda es nuevo; no sé si será buen creyente ó no. Por subir nada se pierde.

—Bien podría usted habérsele ido a repicar a su iglesia y no venir a despertar a mi hijo, que acababa de quedarse dormido después de tres días y tres noches de insomnio.

—Es que el cumplimiento de mi deber...

—¡Qué deber ni que ocho cuartos! Si no se quita usted pronto de delante, no será dueño de mí. ¡Portera! ¡portera! ¿No le he dicho a usted que no deje subir ni a mendigos ni a curas, y que tenga mucho ojo con los ladrones?

Cuando dan con un vecino de éste ó parecido temple, los matriculadores escapan más que a paso, renegando de sus jefes que tales comisiones les encomiendan.

G. L.

La mano de Dios

Fueron a darse un paseo cierto día de verano,

Luis, por ceguera, cristiano,

y Juan, por razón, ateo.

Y discutiendo los dos,

según su mutua creencia,

sobre la real existencia,

ó la mentira, de Dios,

sobre si era un ser profundo,

ó era únicamente un nombre,

y si el mundo es para el hombre

ó si el hombre es para el mundo,

hubiéronse de sentar

junto a un ruinoso torreón,

para tan árdua cuestión

más cómodos continuar.

Pero al trocarse en rencilla

lo que antes discusión fué,

descendió un ladrillo, el que

transformó en una tortilla

la cabeza del ateo;

y hallando providencial

un suceso tan fatal,

el cristiano, en su deseo

porque respetó su vida,

con lágrimas en los ojos

cayó el infeliz de hinojos

alzando a Dios prez sentida.

Mas la oración que empezó

no la acabó el pobrecillo...

¡pues cayendo otro ladrillo,

la cabeza le aplastó!

J. M. MEDINA

En la iglesia:

—¿Cuántos Dioses hay?

—Le diré a usted...

—¿Cómo?

—Es que no me atrevo a quedar mal con nadie.

Una señora del gran mundo confesándose.

—Oh, padre mío! Confieso que he tenido algunos amantes... acaso cinco ó seis...

Después, con firmeza:

—Pero siempre tuve el valor de abandonarlos.

¡Y ya, pa qué!

Pocos días antes de la batalla de Elgueta pasó el general en jefe revista a mi batallón, en Durango. Servía en la 8.ª compañía un soldado, el *señor* Juan Romero, natural de Medina Sidonia, chiquitín y saladísimo. Por lo chiquitín formaba siempre en la cuarta escuadra, allá a la cola. Por lo *salao* consiguió más de una vez que yo me hiciera el distraído ante algunas faltillas suyas. ¡Debilidad andaluza! La gracia circunstancia atenuante.

Pues, señor; cuando más solemne era el acto, se le ocurre al *señor* Juan Romero ponerse a la altura de cualquiera que hubiese tomado tres horas antes medio vaso de agua de Carabaña.

El hombre, naturalmente, a pesar de todo el aparato del espectáculo, se arranca hacia el cabo de su escuadra y le habla al oído. El cabo se arranca hacia el sargento, y ¡chus! ¡chus! (conversación en voz baja).

El sargento, con una prosopopeya que ni en la jura de Santa Gadea, se encamina con su arma terciada al sitio del alférez. Saludo, y ¡chus! ¡chus!

El alférez, ¡ah! el alférez era un zampatorras que estaba petrificado con la presencia del general Quesada. En vez de despachar el expediente del *señor* Juan Romero con un *concedido*, se decide también por la consulta.

Y ¡plín! ¡plán!, luego de largarle un salu-

do con la espada, que temí lo dividiera, se le acercó al oído, y ¡chus! ¡chus!

Cansado ya de tanta contradanza, y viendo que el teniente se disponía a emprender otra caminata, me dirigí a él y le pregunté:—¿Qué pasa?

—¡Ahí era nada lo del ojo lo que pasaba! ¡El *señor* Juan Romero a punto de estropear unos pantalones casi nuevos!

—¿Puede ir!—ordené sin saber si soltar el trapo ó incomodarme por la majadería del caso elevado a consulta.

—¿Que vaya!—dijo el teniente al alférez.

—¿Que vaya!—el alférez al sargento.

—¿Que vaya!—el sargento al cabo.

—Vaya usted!—el cabo al *señor* Juan Romero.

Y, entonces, el *señor* Juan Romero, esparrao en el sitio donde aguardaba su sentencia, perdiendo la postura militar y hasta el comedimiento, exclamó entre indignado y afligido:

—¡Y ya, pa qué!

FEDERICO DE MADARIAGA

Un individuo se confiesa, y en vista de que su cuerpo y su alma están en pecado mortal, el cura le dice:

—En penitencia, mañana para almorzar te comes un puñado de alfalfa seca.

—Yo no soy un caballo, reverendo.

—No; pero eres un burro desde el momento en que vienes a confesarte.

—¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?—preguntaba un sacerdote a un joven que estaba en vísperas de contraer matrimonio.

—Eso, según el sexo a que usted se refiere.

—¿Qué barbaridad!

—Nada de eso, padre. Para los hombres son diez, pero para las mujeres no pueden ser más que nueve, porque no puede aplicarseles aquel de... no deseáis la mujer de tu prójimo.

HUMORISMO
ANTICLERICAL

FOR

JOSÉ NAKENS

Precio, 3 pesetas.

A los suscriptores de EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras y sellos de Correos.

(FOLLETÓN 18.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR

OFFENBACH

gido algún tratado, molestado y atacado alguna plaza fuerte, insultado y acometido a algunas tropas, matado algún general y algunos soldados, dado tratamiento bestial y degollado a algunos prisioneros, y llamado (y esto seguí haciéndolo) gallinas a todos los españoles; así es que los señores del reino habían hecho comprender al Sr. Martínez Campos que no había de ser muy exigente. Pero tomar a cambio de todo lo indicado un mal puñado de pesetas fué vender la primogenitura quijotesca del nombre español; y tomar esas pesetas él, a quien en esta clase de transacciones siempre había tocado el más lucido papel de dadas, tampoco era para el general sobremanera honroso.

¡Pero qué hablamos de primogenituras, si allí se vendió hasta la de Cristo, mejor dicho, si los señores del reino, los gobernantes de la monarquía más católica del mundo, vendieron allí al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! Porque el mensaje enviado al Sultán de Marruecos invocaba a Allah; y bien sabido es que Allah, en lo que toca a ser el sólo Dios, no parte peras con nadie, no admite trinitades, ni parentescos: toda su familia es él. «No hay más Dios que yo, y Mahoma es mi profeta.» Esto es lo que Allah dice y nadie ignora.

El lector podrá ir viendo, pues, a qué grado y punto llegaba el bromeo de los señores del reino. Cierta es que ahora el principal bromista, el redactor de aquel mensaje, era uno de los políticos de más gracia y mejor humor de aquel país, el Sr. Moret (D. Segismundo), ministro de Estado a la sazón, hombre justamente ufano de su palabra admirable y *viente libre* (a él fué debida años atrás la ley así llamada, que declaraba libres los hijos que en adelante tuviesen las esclavas), pero tenazmente empeñado, por lo mismo de haber hecho semi-felices a los negros, en hacer completamente dichosos a los blancos, sinceramente convencido de serle al país indispensable, de que para él no había dificultades, de que él sabía componerlo y arreglarlo todo, hasta lo más desbaratado, y de que todas las bromas, lo mismo las nacionales que las internacionales, que él idease, eran prodigios de oportunidad y acierto.

Menos mal si, al hacer la burlesca paz de Marrakesh, los señores del reino hubiesen querido mostrarse serios, sabios y sagaces gobernantes que abandonaban la tradicional y perjudicial manera de ser de los españoles, emprendiendo la tarea de convertir a éstos, con arreglo a teorías más modernas y prácticas más sustanciosas, en un pueblo positivista y negociante. Pero no; no fueron más que lo de siempre, unos guasones; y así, el mismo gobierno liberal, un gobierno también presidido por D. Práxedes y de que formaba parte también D. Segismundo, no hizo lo mismo cuando al país importaba que se hiciese, cuando clara y decididamente convenía hacerlo, es a saber, cuando la guerra de Cuba ó cuando

el conflicto con los yankees. Y hay que contar además con que a cubanos y a yankees habría parecido tal proceder digno y honroso, mientras que no hay que hablar de lo que de aquellas dificultades y aquella solución de lo de Melilla pensó el pueblo moro que, si hasta entonces había respetado y temido un tanto a los españoles, era porque creía que eran los rifeños europeos.

Una vez, en fin, trocados del modo que dejamos referido los respectivos papeles de los sucesores de Isabel la Católica y de Boadil, el emperador de Marruecos se dignó enviar a España un embajador, con el cual los señores del reino se dieron el gusto de que, al cabo de cuatro siglos se escuchase otra vez en aquella monarquía «el suspiro del moro», sólo que, según hemos dicho ya, el moro no suspiró ahora porque le quitaran ningún reino, sino porque le dieron un guantazo.

Esto mismo, la agresión del general español al embajador marroquí, vino a ser origen de una de las grandes desgracias nacionales ocurridas en aquel tiempo de mando de D. Práxedes. Pues los señores del reino resolvieron, entre otras cosas, a fin de desagrar al enviado del Sultán, facilitarle para volver a su país el mejor ó uno de los mejores buques de guerra con que contaban, el cual, efectivamente, depositó su preciosa carga en Tánger, salió de allí de regreso a España, y no se ha sabido nada más de él ni de ninguno de sus 412 tripulantes.

Pero este es suceso de que hemos de decir algo muy curioso en otro capítulo. Ahora nos corresponde recordar que por Febrero de 1895 los cubanos, hartos ya

de bromas, se alzaron en armas, lo cual puso el colmo a las contrariedades que, al revés que otras veces, estaba hallando en su camino el gobierno de D. Práxedes. Y como todo, hasta en España, llega a tener su medida, y parece que la de la guasa y alegría por un lado y la de las calamidades y el disgusto por el otro estaban llenas, era de suponer que aquel gobierno, aun prescindiendo del consabido turno, había de caer por cualquier cosa. Y efectivamente se vino abajo sólo con el aire de unos estacazos cambiados entre unos periodistas y unos tenientes por sí, con motivo de la naciente rebelión en Cuba, los primeros habían ó no habían dicho algo que a los segundos no pareció muy lisonjero.

CAPÍTULO X

EL JEFE DE LOS CONSERVADORES TOMA A SU VEZ LA VEZ EN EL GOBIERNO

Caído indecorosamente del poder, como hemos apuntado, el Sr. Sagasta, subió, como es de suponer, el Sr. Cánovas, el cual quiso entonces poner de un golpe la monarquía española, en costumbres públicas y prácticas políticas, a la altura de las naciones más grandes y civilizadas. Porque sabía el Sr. Cánovas que en Inglaterra Mr. Chamberlain se hizo conocer al frente del municipio de Birmingham, en Italia el marqués de Rudino al frente del de Palermo, en Alemania el doctor Miguel en el de Frankfurt; y, aunque ignoraba que en los Estados Unidos Mr. Cleveland se había hecho famoso en la alcaldía de Buffalo, pues, a pesar de su mucha ilustración, las cosas

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

A CAZA DE MOROSOS

Otro de los placeres del conde consistía en organizar verdaderas cacerías de reverendos, morosos en el pago del diezmo a los carlistas. Valiase de mil ingeniosos medios para apoderarse de dichos curas, y cuando conseguía dar caza a alguno, su alegría no tenía límites.

El vicario general Sort y el famoso canónigo Torredadella, eran los encargados de juzgar a aquellos de sus confrades que el conde prendía. El cura de Balsareny fué condenado por ellos, *constituidos en tribunal eclesiástico*, a pagar cuanto debía en concepto de atrasos y además una multa para hacer doscientas camisas y otras tantas blusas a los de la boina.

LOBOS ENTRE LOBOS

Si robaban, violaban, asesinaban é incendiaban aquellas honradas masas, ¿cómo oponerse á que de vez en cuando, en los días de asueto y descanso se emborracharan cual unos benditos? Si uno de los *ministros* de D. Carlos y su consejero y favorito principal, el santo y bondadoso obispo de León, comiendo un día con Arias Teijeiro, empuñaba el codo algo más de lo debido, y se emborrachaban (1) y revelaba secretos que le convenía guardar, ¿por qué no habían de emborracharse también los correligionarios del respetable prelado?.....

Un trompeta á quien sus compañeros apodaban *Batalla*, porque era muy valiente, y otros carlistas, se emborracharon una noche, y fingiéndose de la ronda, se acercaron á una guardia.

Al salir el cabo con su escolta á reconocerlos, *Batalla* lo degolló de un sablazo, huyendo después con los que le acompañaban.

En sitio seguro, pasada la borrachera y cuando el conde había enviado patrullas en todas direcciones para prenderlos, *Batalla* y sus amigos deliberaron y discutieron qué partido les convenía adoptar para librarse.

No dudando que *Trenca-caps* les haría ahorcar, decidió la mayoría pasarse á las tropas liberales; *Batalla* se opuso y sólo él regresó al campo carlista á pedir al conde que en vez de ahorcarle le fusilara. No quiso éste oírle y le mandó poner en capilla inmediatamente.

«Al medio día—dice un historiador—ya las tropas formaban el cuadro fatal en cuyo centro se veían tres objetos á cual más horrible: el pilón, el verdugo y el conde.

Al acercarse el reo al infernal suplicio, empezó en vano á implorar la protección de la Virgen. España repitió sus órdenes, el infeliz alargó su mano y bien pronto la cuchilla se la separó del brazo.

Esto no era bastante. La pluma se resistió á estampar la escena siguiente:

La víctima rogaba la gracia de ser fusilado... El conde le mandaba presentar la cabeza al verdugo... Este se resistía y era amenazado...

Batalla colocó su cuello en el pilón, y diez o doce golpes, prolongando su martirio, consiguieron separar la cabeza del tronco.

Y, sin embargo, no nos horroriza tanto este castigo como nos admira que centenares de hombres lo presenciasen sin lanzarse sobre aquella hiena hambrienta.

Hubo desmayos, unos cayeron al suelo con sus fusiles, otros se desplomaron de sus caballos. Sólo un semblante no estaba pálido: el del conde de España.

Batalla estaba ya castigado; pero su cadáver no; mando descuartizarlo y colocar sus cuartos en todas las avenidas del pueblo».

LA EXCLUSIVA EN EL ROBO

Tres devotos *oficiales* carlistas tenían la costumbre de entrar enmascarados en las casas de campo de gentes afectas al carlismo, y robar cuanto podían.

Denunciados al conde por unos campesinos, fueron fusilados; pero después, antes de desfilar el piquete, el conde rezó é hizo rezar unos cuantos padrenuestros por el alma de los difuntos.

Sin perjuicio de secuestrar luego á los señores Pitarca y Peralta, de Zaragoza, y exigirles doscientos mil y pico de reales, que tuvieron que entregarle.

(1) Pírala. *Historia de la guerra carlista*. Primera parte, tomo 3.º pág. 151.

MÁS CRUELDADES

Por encontrar á uno de aquellos bandidos un cuchillo dentado, le condena á pasar diez veces por baquetas. A las dos primeras vueltas cae sin sentido: entonces hace el conde que el médico cure y cuide al baqueteado, y cuando está restablecido, lo fusila.

Un día hace comer un pan de munición y beber una tinaja de agua á un panadero, capitán de realistas, al mismo tiempo que le daba latigazos.

Después resultó que dicho panadero no era el asistente del hospital de donde se habían quejado al conde de la mala calidad del pan.

MUERTE MERECIDA

Cómplice siempre y coautora muchas veces de todos los crímenes é infamias del conde, la Junta carlista que componían dignidades eclesiásticas y otros varones *eminentes* que alardeaban de religiosidad, con el misterio, hipocresía y disimulo propios de jesuitas, resolvieron desfilir y asesinar á aquel miserable, no por sus infames asesinatos ni por los incendios y devastaciones que había ordenado, sino por creer que estaba en vías de arreglo con los gobiernos de Isabel II para hacer en Cataluña lo que Maroto había hecho en el Norte.

«Sarcasmo de la suerte! ¡El, el conde de España, implacable verdugo de los liberales; él, que tanta sangre había hecho derramar por la causa absolutista; él, que en su odio á la libertad llevó á todas partes la muerte, la ruina, el llanto, la devastación y el exterminio; él, acusado ahora de liberal y de traidor á la causa del altar y el trono!...

Cuando la Junta tuvo bien madurado su plan y hubo tomado toda clase de precauciones para descargar el golpe á mansalva, á lo carlista; mientras se le sujetaba fuertemente de los brazos, en plena Junta, y un puñal se levantaba amenazador sobre su cabeza y le apuntaban dos carabinas al pecho, leyóse al absorto conde una *real orden* en virtud de la cual se le ordenaba dejar el mando del ejército y del Principado y salir de la provincia.

En dicha *real orden* no se mentaban para nada ni mucho menos se condenaban los crímenes cometidos por el conde. ¡Y cómo habían de condenarse, si todos, desde don Carlos hasta el último individuo de la Junta, eran cómplices ó coautores de sus infamias!

Fué inútil que pidiera explicaciones; no se le dió ninguna, mas sí seguridades de que ningún mal se le causaría y de que su vida sería respetada, comprometiéndose la católica Junta á escoltarle hasta Andorra, punto por él elegido. ¡Falsas y engañosas promesas, pues ya se tenía bien resuelto asesinarle!

El cura Ferrer y el cabecilla Porrendón combinaron el plan, buscaron á los encargados de llevarlo á la práctica, y el mismo cura entregó á uno de éstos, llamado Baltá, una saga muy gruesa dándole las instrucciones que creyó oportunas.

Ultimado el complot en sus menores detalles, en una noche tenebrosa se hizo montar al conde, despojado de su uniforme, sobre una mula, y salió de Casellas convenientemente escoltado para ir á Andorra.

En el sitio señalado de antemano le esperaban sus asesinos, uno de los cuales, Baltá, le dió al llegar un palo tremendo en la cabeza que le hizo caer al suelo.

Al preguntar por qué se le agredía y quiénes eran, fingiéndose liberales, tomando el nombre de Silvestre de la Seu, famoso liberal jefe de una patrulla, y entonces suplicó el conde no se le hiciera daño, pues él era un comerciante francés...

Atados los brazos con la saga facilitada por el cura Ferrer, y hecho un lazo con la que sobraba, que le anudaron al cuello, fué el conde ahorcado, tendido en el suelo, sujetándole la cabeza con el pie uno de sus correligionarios mientras otro tiraba con fuerza de la cuerda.

Desnudo el cadáver, se le encontró colgada al cuello una bolsa de seda encarnada y dentro de ella dos medallas de plata, una de la Virgen del Pilar de Zaragoza, dos ó tres cruces, y pasta de *Agnus* (1).

Los asesinos guardaron para sí tan preciosas reliquias, los tirantes y la capa del conde, arrojando el resto de las ropas, juntamente con el cadáver, al río Segre.

Los chacales habían devorado á la hiena.

(1) Pírala, obra citada

Segunda guerra

Sin perjuicio de publicar más adelante otras infamias y asesinatos de los carlistas en la primera guerra, comienzo hoy á insertar algunos cometidos en la segunda, por vivir todavía muchas personas de las que los presenciaron ó los oyeron relatar, y haberme rogado algunas que los publique.

Y así se verá que en los cuarenta y tres años transcurridos de la una á la otra, no se modificó en nada la ferocidad del carlismo; lo cual no es de extrañar, dado el espíritu religioso que inspira los actos de ese partido.

1872

ABRIL

Ramón Odesa (a) *el Cordonero*, levanta una partida en Montegudo, llega á Tarazona, mata á un sereno de tres puñaladas y dos tiros, saquea el estanco y roba varios caballos.

El antiguo carlista Sr. Calle se acogió con su hijo al convenio de Amorevieta.

El cabecilla Velasco los apresó, y en una parodia de Consejo de guerra condenólos á muerte.

Una vez en el lugar destinado á la ejecución, se representó esta terrible escena:

—Matadme mil veces—gritaba el hijo,—y respetad la vida de mi padre, que tiene setenta y cinco años de edad.

—Asesinadme á mí—contestaba el atribulado anciano,—asesinadme á mí, que sería en todo caso el verdadero responsable, y conservad la vida de mi inocente hijo, casado y con tres criaturas de menor edad.

A estas dolorosas súplicas contestaron los caíres con una descarga que dió en tierra con el anciano. Pero no quedó tan mortalmente herido que no pudiera levantarse de nuevo para reiterar su súplica, obteniendo por toda contestación una nueva descarga que concluyó con su vida.

Esto era horroroso, y, sin embargo, había algo peor y más horroroso todavía: el fanatismo de las mujeres carlistas, que fueron las primeras en aplaudir aquel acto de ferocidad.

Los hijos de los tigres y las hienas, si fuera posible que procreasen unidos, resultarían carlistas.

Los salvajes, como vemos, no perdonaban ni á sus correligionarios. Llegó el caso de no poder vivir en ningún pueblo de Vizcaya los afectos á D. Carlos que no predicaban la guerra de exterminio. Carlistas consecuentes fueron horriblemente maltratados por censurar la barbarie de los cabecillas.

JUNIO

El cabecilla Velasco fusiló al peatón de Santa Cruz de Campezu con gran ensañamiento y crueldad.

Escarnecidos, ultrajados, martirizados, así murieron en Junio dos guardias civiles que cayeron heridos y prisioneros en la acción sostenida en Vallecabe por los carlistas de la facción Castells.

Siempre los bandoleros odiaron á la Guardia civil.

Entró Castells con sus hordas en Berga sin la menor resistencia, pues su corta guarnición se encerró en el cuartel de San Francisco; apoderóse del ayuntamiento y del centro monárquico de la calle Mayor, al que mandó hacer una descarga, hiriendo á cuatro de los socios indefensos; otro pelotón procedió con igual salvajismo en el café del Negro, disparando sobre los inermes concurrentes.

Seis carlistas armados de fusiles y enormes cuchillos, de la facción Soliva, entran en Tordera lanzando gritos desaforados de ¡alto, alto! y ¡fuego!

Hallábanse el notario D. Tomás Comellas y los alcaldes tercero y segundo en el portal de la casa de éste, y al ver la actitud de los carlistas trataron de ponerse en salvo dentro de la casa.

Entonces disparan al balcón, y matan de tres balazos á una niña de diez años, hija del alcalde segundo, que allí vivía.

Entran, registran, y se van después de robar las armas que encuentran en el pueblo, llevándose secuestrado al notario.

JULIO

Entra el cabecilla Marconell en la villa de Ballesteros, y asesinan los suyos á un vecino indefenso, y la emprenden á tiros y sablazos contra los pacíficos labradores ocupados en las eras, de cuya infame acción resultaron 5 heridos de bala y más de 40 de golpes.

Una partida saca de su casa al estanquero de Villanueva de Alcolea, apodado el *Sec*, y conocido por sus ideas liberales, fusilándolo en el acto.

En Puebla de Tornesa encontraron á un joven con una escopeta, se la quitaron, y le dispararon por la espalda, dejándole muerto.

Cuando los carlistas no tenían liberales á mano á quienes asesinar, se entretenían en asesinarsé mutuamente, sin duda para perfeccionarse en su oficio.

Una partida de trece individuos, al anochechar del día 18 de Agosto y en el punto denominado Font de Llinás, dió muerte á su jefe, que se titulaba capitán y á su asistente. El primero se llamaba Jaime Just y Jané.

Al verse herido, y á pesar de estarlo de gravedad, contentándose con las manos los intestinos que le colgaban fuera del vientre, se dirigió hacia la casa rectoral de Fontrubi, distante media hora próximamente del lugar del suceso, otorgó su última voluntad y recibió los últimos Sacramentos, falleciendo á la una de la madrugada.

El asistente se llama Roig, labrador de oficio, y vecino de Castelldefels, aunque, como su desgraciado jefe, era natural de Castellví de la Marca.

AGOSTO

Una casa de campo llamada *Camp Major*, cerca de Llinás, es saqueada por los carlistas, llevándose todo y entreteniéndose además en dar de puñaladas al amo, dejándole en gravísimo estado.

SEPTIEMBRE

El voluntario de la libertad Martirian Vila (a) *Cansalada*, tuvo que emigrar de San Esteban, de donde era vecino, para que no lo matasen los carlistas de la población.

Cuando llegó á Girona se alistó en el batallón de voluntarios que allí había, donde prestó cuantos servicios le fueron reclamados, con voluntad, valor y acierto, viviendo con su mujer y dos hijos merced á la peseta que el ayuntamiento le pasaba.

Al regresar de conducir un pliego á la villa de Amer, le sorprende una partida poco antes de llegar á Bascano, es reconocido, le atan fuertemente y comienzan á maltratarle.

Nadie presencié su muerte, pero al siguiente día fué encontrado su cadáver sobre unas piedras con una porción de puñaladas que debieron darle antes de matarlo; un trabucazo en el cráneo, que le destruyó parte del cerebro, otro en el pecho, cuya bala atravesó la aurícula derecha del corazón.

A este proceder infame le llamaba el periódico carlista *La Verdad*, *escribir con su sangre una sublime epopeya*.

Y decía esto sin que se reunieran unos cuantos liberales, fueran á la redacción y clavaran en la mesa la mano del canalla que tal escribía.

Porque no sólo se publicaban periódicos carlistas, sino que se les toleraba que incitasen á la rebelión y pusieran el grito en el cielo porque el gobierno enviaba los prisioneros á Cádiz y Canarias, lo que calificaban de infracciones constitucionales, ellos, los que aplaudían á los suyos porque fusilaban nuestros prisioneros y á cuantos liberales caían en sus manos.

¡Oh, no ocurriría ahora lo propio, aunque hubiese que saltar por cima de doscientas leyes!

OCTUBRE

Asesinan al propietario del manto de Serrallonga de Asís, descendiente del célebre D. Juan Serrallonga.

Permanecía muy tranquilo en su casa, cuando le fué preciso ir á San Hilario, y en Coll de Carós se encontró con una partida carlista que lo detuvo, llevándole preso á Saqueda. Allí le dieron de comer y le avisaron que al día siguiente lo fusilarían.

Y en efecto, después de algunos días de ignorarse su paradero, fué encontrado su cadáver en un bosque cercano á la casa llamada Sabatés, destrozado á bayonetazos.

Asesinan y mutilan horriblemente á un hombre en las inmediaciones de la casa solariega *l'Ubalch*, clavándole por el cuello á un árbol con una bayoneta.

Una partida carlista prende á un pobre hombre del lugar de Añorbe.

Pusieron en cueros al desdichado, le bañaron con aceite y agua caliente todo el cuerpo, pasándole después por encima palas y planchas calientes, sin que acabase su martirio hasta que le rompieron las piernas y los brazos á palos y murió.

Entra Cucala en Alcalá de Chisvert, y man
(Continuad.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad 31